LA EUMENIA,

Ó

LA MADRILEÑA.

TEATRO MORAL.

POR D. GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
AÑO DE 1805.



LIBRO PRIMERO.

Léjos de mí las bulliciosas ciudades, pues renuncio desde ahora sus falaces y perniciosos placeres por anegarme en los puros y tranquilos de la simple naturaleza. ¡Ay venturosa edad primera! Huiste de mí con la misma rapidez que se deslizan de los montes los impetuosos rios, irritados por los furiosos aquilones. Ya no volverán hácia mí tus ilusiones agradables; pero aunque pasé mis mejores dias en el seno tumultuoso de un mundo frívolo y despreciable, no me seguirá el pesar de

haberlos malogrado. Los pasatiempos y locura son inseparables de la juventud desenfrenada, y es raro el corazon sensible que se libra de naufragar en sus pasiones. ¡Feliz mil veces aquel, que conociendo el riesgo, abjura sus perniciosos yerros en una edad, tan á propósito para agradar y sentir las dulces impresiones del amor mas puro! Ya, cara patria, vuelvo á buscar en tu amoroso seno la felicidad, que tan inútilmente buscaba en los paises extrangeros. La deliciosa conmocion que experimento al recorrer de nuevo aquel humilde recinto, donde ví la luz primera, me convence íntimamente de que solo en él puedo hallar la felicidad que voy buscando. Los vínculos mas estrechos, las mas interesantes conexiones, me obligarán desde hoy á amar la vida. Veré de nuevo esas montañas que le cercan, y que eran para mí otro tiempo los Alpes y Pirineos: recordaré, sin cesar, los inocentes y agradables juegos en que solia exercitarme con los compañeros de mi infancia: visitaré cuidadosamente los parages peligro-

sos, que yo corria con tanto arrojo como astucia; y horrorizado el corazon al contemplar sus precipicios, levantaré mis pasmados ojos al cielo, diciendo con agradecidos labios: „Sin duda vela una »providencia singular sobre la conserva»cion de las tiernas criaturas." Despues de haber recorrido esas montañas, siempre cubiertas de nieve; despues de descansar un rato á la sombra bienhechora de los álamos y avellanos, que coronan sus altas cimas, descenderé á los umbrosos y vecinos bosques. Recogido allí mi tranquilo espíritu, recordará el dichoso tiempo, en que por huir la fórula escolástica, corria con mis amigos á coger en aquel sitio la fresa, la frambuesa, y la avellana. Entre los tiernos arbolillos y pequeñas plantas que cubren estas agrestes soledades, iré buscando con ansia la mora y la grosella, cuyos sabrosos frutos cogia en mi niñez, con osada mano, sin temer las agudas espinas que las guardan. Al volver, me detendré en aquellos parages, desde donde la encantada vista descubre á to-

dos lados los mas agradables y pintorescos paises: y principalmente en uno, cuyas señas no se han borrado jamas de mi memoria. Y ¡qué puro placer recibirá mi corazon al encontrar el elevado peñasco, donde me sentaba tantas veces á contemplar las innumerables bellezas que los valles de al rededor ofrecian á la vista! Desde él miraba al caudaloso Mosa [1] baxar serpenteando al espacioso llano: descubria á lo léjos las pequeñas islas que formaba rodeadas de sauces y de mimbres: veia á los animosos pescadores afanarse en sus barquillas, y tender las redes, para aprisionar en ellas á los incautos barbos, y pintadas tencas. Divisaba en las cercanas lomas al diligente viñador cultivando el precioso fruto, que hace olvidar los disgustos de la vida. Oia, en fin, el martillar continuo de los laboriosos artífices, que

1 Tiene su orígen en el monte Vosga, á los confines del pais de los Langros, y viene á juntarse despues de un tortuoso curso de muchas leguas con el rio Wahal, que es un brazo caudaloso del Rhin, cerca del fuerte de San Andres, entre Meghem y Bommes.

me recordaban mil veces las decantadas oficinas de Paros y de Lemnos.

Quando mis ojos se cansen de admirar estos riquísimos quadros de la bella naturaleza, descenderé al pie del monte á apagar mi sed en la corriente fresca del claro Hoyou, que da su nombre á la ciudad inmediata, y que despues de mil rodeos, lleva á morir sus aguas con un suave mormullo al espumoso Mosa. Alguna vez me sentaré á descansar en sus sombrías márgenes, y con el monotono susurro de sus fugaces ondas cerrará mis párpados el delicioso sueño. Otras, internándome en los vecinos prados, cubiertos de manzanos y cerezos, veré, enternecido, á mil sudosos leñadores salir cargados del bosque, y entrar jadeando en sus ahumadas chozas. Les preguntaré con el interes mas tierno sobre su suerte miserable, y quedaré admirado al saber quanto son mas venturosos ellos en sus pajizas cabañas, que otros en los alcázares y suntuosos palacios.

Sujeto á este sencillo plan, gozaré de innumerables placeres, recorriendo alterna-

tivamente las bellezas que prodigó la naturaleza á los industriosos, y quasi desconocidos habitantes de esta feraz comarca.

Sí, sublimes obras de las divinas artes: os tributé mi admiracion en quantas partes os he hallado: doblé mi rodilla á las prodigiosas obras de los Apeles, Fidias y Vitruvios. He oido con sorpresa los encantadores ecos de la divina Euterpe: han arrancado mas de una vez las lágrimas de mis ojos los trágicos acentos de Melpomene, y otras ha regocijado mi corazon la festiva Talía. Pero jamas hallé en estos estudiados recreos el puro y dulce placer que experimento á la vista de las simples gracias de la rica naturaleza. La admiracion que inspiran las mas sublimes obras de los hombres va acompañada siempre de un cierto sentimiento, al acordar el duro esfuerzo que les costaria vencer las dificultades del arte: al paso que gozamos sin pesar los encantos de la naturaleza, persuadidos por la razon, á que sáliéron de sus manos creadoras, como salió Minerva armada del cerebro del gran Jóve.

Así discurria Termonio, contemplando despues de tantos años, el lugar amable de su nacimiento. Habia recorrido mucha parte de la Europa, por conocer el genio y las costumbres de las principales naciones: y aunque en esto le pareciéron diferentes, en todas halló á los hombres entregados á unas pasiones mismas, movidos por unos resortes, y sometidos á unas mismas preocupaciones. Poseia un buen corazon, y un entendimiento recto; y estos dones perfeccionáron su razon, volviéndole, despues de mil debilidades, á la verdadera sabiduría; esto es, á la preciosa escuela de la naturaleza. Ilustrado, y corregido con sus suaves lecciones, cifró su felicidad en pasar el resto de sus dias en una mediocridad, que habia rehusado fatuamente. Aprendió á someterse con entera resignacion á los decretos de la Providencia, de cuyo paternal desvelo por el hombre habia dudado siempre: experimentó el placer de amar á sus semejantes, despues de haberlos despreciado y aborrecido largo tiempo: en una palabra, sen-

tia en el fondo de su corazon aquella felice calma, aquella paz, aquel inalterable y puro placer, que dispensa el cielo á los mortales benéficos y amantes de la virtud.

Paseaba un dia lo largo de un arroyo, por un sitio sombrío y solitario, y descubrió al opuesto márgen á un anciano, cuyas penas, mas que los años, habian encanecido su cabeza. Caminaba lentamente por aquellos prados, poblados de árboles y cubiertos de numerosos rebaños. Deteníase algunas veces, levantando al cielo sus tristes y abatidos ojos; y otras los fixaba en la tierra, inmóvil y suspenso. Termonio, que observaba atentamente sus acciones, le vió sentar al pie de una haya, situada á corta distancia del arroyo: le oyó gemir y suspirar; y como los desgraciados se conocen y se buscan, como los metales que se atraen por una virtud simpática, atravesó por un paso angosto el arroyo, y se llegó con el mayor respeto al anciano: „Perdonad, le dixo, si me atre»vo á interrumpir vuestra soledad; pues

»el dolor que ví estampado en vuestro »rostro, movió mi compasion, y el solo »deseo de aliviarle, guió hácia aquí mis »pasos."

Amelo, que este era el nombre del anciano, se levanta, le saluda, y muestra en sus enternecidos ojos la bondad y reconocimiento: ase la mano de Termonio, y en aquel instante andan estrechamente unidas sus almas. Diósele á conocer Termonio en pocas palabras, rogándole despues que procurase aliviar su desconsuelo, confiándole sus penas. Enamorado Amelo de su atencion, comenzó, sin vacilar, á hablarle de este modo: „En mí teneis uno »de aquellos infelices Escoceses, que si»guiéron el partido del último vástago de »la desgraciada familia de Estuardo. Ya »os habrá dicho la historia los atroces in»fortunios de aquel animoso Príncipe, bien »digno, á la verdad, de mejor suerte. »Despues de la funesta campaña de Cu»lloden, envuelto en mis desgracias, pros»cripto en mi misma patria, errante y fu»gitivo, separado de mis deudos y amigos;

» de quienes murió la mayor parte en el
» cadalso ó en la guerra, salvé un pequeño
» resto de mis bienes, y vine á buscar un
» seguro asilo en estas soledades, acompa-
» ñado de un amigo. Ligado estrechamen-
» te, desde su infancia, á mi padre, peleá-
» ron siempre juntos; y en el momento de
» morir en un encuentro á su lado, Sal-
» mon le consoló tiernamente, ofreciéndo-
» le que me serviria de padre, y haria por
» mí lo que él hiciera, si viviese. Cumplió
» exâctamente su promesa; pues en mas
» de treinta años que vivimos juntos, no
» ha decaido para conmigo su ternura. No
» me detendré á contaros lo que debo á
» su generosidad: bastará deciros que no
» hiciera mas por mí el mas amante y vir-
» tuoso de los padres: y aun os aseguro,
» que si conservo estos amargos dias, lo
» debo á la dulzura y sabiduría de sus con-
» sejos. ¡Mas ay! que toca ya en su de-
» crepitud, y no espero disfrutar de su ca-
» riño largo tiempo.

„Habia cerca de dos años que vivía-
» mos en este campo, quando á sus con-

„tinuas instancias, tomé el partido de ca-
„sarme. Una jóven de la comarca, á cu-
„yas recomendables prendas estaba aficio-
„nado, logró convertir mi simple inclina-
„cion en el amor mas puro, que fué á po-
„co tiempo coronado por un feliz hime-
„neo. En nada alteró nuestra amistad mi
„nuevo estado, ántes bien la consolidó de
„suerte el cariño que cobró Ermelinda á
„mi amigo, que unidas íntimamente nues-
„tras almas, parecian componer una subs-
„tancia misma; pero hay criaturas, á quie-
„nes jamas se cansa de perseguir la suer-
„te. Acababa Ermelinda de coronar mis
„dulces esperanzas con el primer fruto de
„nuestra union; y ningun mortal habia
„mas feliz que yo en la tierra, quando
„una maligna fiebre se apoderó de aquella
„mitad querida de mi alma, haciéndonos
„vivir un mes entero entre el temor y la
„esperanza, hasta que al fin vino la muer-
„te á acabar nuestra incertidumbre. Arre-
„bató de entre mis brazos á mi esposa, y
„yo tambien la siguiera hasta al sepulcro,
„si el virtuoso Salmon no me enseñara á

» sufrir con religiosa constancia las desgra-
» cias de la vida.

„ No sintió ménos que yo mi amigo
» la prematura muerte de Ermelinda; pe-
» ro ciframos ambos el consuelo en con-
» servar el precioso fruto de tan tierno
» como malogrado enlace. Alfonso, pues,
» vino á ser desde entónces el solo objeto
» de nuestro amor y desvelos. Yo le veia
» crecer y formarse, con tanto mas placer,
» quanto á proporcion que se iban perfec-
» cionando sus facciones, hallaba una to-
» tal semejanza con las de su madre.

„ Luego que cumplió los doce años, y
» le juzgamos capaz de conocer nuestro
» infortunio, le referí muy por menor los
» sucesos de mi vida: y aunque su sola me-
» moria nos hizo verter á Salmon y á mí
» las mas amargas y copiosas lágrimas, Al-
» fonso los oyó con una serenidad, que
» nos dexó asombrados. La horrorosa pin-
» tura de nuestros males, los de nuestros
» deudos y amigos, no logró arrancar una
» lágrima de sus ojos, ni un suspiro de su
» pecho: ántes parecia haber petrificado

» su corazon el aspecto de Medusa.

„Esta insensibilidad en sus pocos años, » anunciaba un carácter, que desde entón- » ces me hizo esperar bien tristes conse- » qüencias. Temia que con la edad se des- » envolviesen sus facultades, tanto como » ántes lo habia deseado. Nada omitimos » para ablandar la extraña ferocidad de su » carácter; pero fuéron del todo inútiles » nuestros recursos; pues ántes de cumplir » los diez y ocho años, se habia abando- » nado ya Alfonso á toda clase de excesos. » Holló con pie sacrílego los derechos san- » tos de la piedad filial, llegando su torpe- » za al criminal extremo de poner las atre- » vidas manos en su padre. ¡Ay memoria » atroz! ¿cómo no acabas mi vida? En fin, » coronó sus enormes yerros con abando- » nar la mansion paterna, sin que en mas » de diez años haya tenido nueva alguna de » este miserable, á quien no puedo abor- » recer, en medio de sus culpas, y cuya » ausencia me hace amargos los instantes » de la vida.

„Todos los juicios de Dios son incom-

„prehensibles al hombre, dixo Termonio „entónces estrechando afectuosamente la „mano al desconsolado viejo; pero noso- „tros debemos esperarlo todo de su mise- „ricordia. Tal vez permitiria que ese jó- „ven se desterrase voluntariamente, para „sacar de él, por sendas ignoradas, el fru- „to que jamas hubieran sacado vuestros „desvelos paternales, ni los de vuestro sa- „bio y virtuoso amigo. Tarde ó temprano „nacerá el remordimiento en su agitado „corazon, y él le conducirá á vuestros „pies, purgado de sus vicios, y avergon- „zado de sus yerros. Las súplicas del jus- „to son rara vez desatendidas: las vues- „tras tienen por objeto la enmienda de un „hijo ingrato; y debeis creer que su fuga, „y las desgracias que la habrán seguido, „le traerán corregido á vuestro seno.

„El bien nace á menudo del mal, co- „mo la verdad de la mentira: y todo el „que reflexîone maduramente sobre los sin- „gulares acaecimientos de la vida, se con- „vencerá plenamente de que las adver- „sidades que experimentamos nos son en-

»viadas para el bien é instruccion nues-
»tra. Mas tranquilo y placentero vive el
»hombre virtuoso en el seno del infortu-
»nio, que el malvado en brazos de su ma-
»yor fortuna: de modo que el que dis-
»curra sanamente, no titubeará un mo-
»mento en la eleccion *de padecer por la*
»*virtud, ó ser felice sin ella.* Y si no, de-
»cidme francamente, ¿no preferiríais per-
»der vuestro hijo para siempre, al aparen-
»te gusto de recobrarle lleno de los mis-
»mos vicios con que se alejó de vuestra
»casa? Sí, amigo mio, vos le volvereis á
»ver qual le desea vuestro amor.

»Sois para mí un segundo Salmon, ex-
»clamó el enternecido Amelo: sus razo-
»nes consoladoras como las vuestras tie-
»nen mi alma continuamente llena de es-
»ta halagüeña esperanza. ¡Oh, cúmplase
»quanto ántes! Yo no ruego al cielo otra
»cosa que la vuelta de mi descarriado
»Alfonso al seno de la virtud. Que esté
»presente á la hora de mi muerte: que
»oyga de mis moribundos labios el per-
»don de sus excesos: que reciba mi ben-

„dicion, y se disiparán todas mis penas."

Acababa de pronunciar estas palabras, quando oyéron unas voces lastimosas. Corre Termonio hácia la parte de donde venia el eco: síguele Amelo á lo léjos, y quando llega á la márgen del arroyo, ve ya á su amigo ocupado en sacar de su corriente á una jóven desmayada. Retrocede presuroso á llamar en su socorro algunos trabajadores; pero por pronto que acudiéron, ya viéron venir hácia ellos á Termonio, conduciendo entre sus brazos á una infeliz belleza. Emplean todos los mas eficaces auxîlios para volverla á la vida, hasta que al fin viéron logrado su compasivo deseo. Recobróse poco á poco la jóven, abrió los ojos, y exhalando los mas profundos suspiros, y mirando á Amelo, que estrechaba con sus manos trémulas las suyas: „Señor, le dixo, con una voz pe„netrante, seais quien fuereis, tened pie„dad de esta infelice: soy extrangera, y „os ruego que me concedais hospitalidad „por esta noche." La beneficencia dictó al enternecido viejo la respuesta; de modo

que, consolada algun tanto la jóven, se volvió á tributar á su libertador el mas sincero agradecimiento. Conduxéronla inmediatamente á la casería de Amelo; y dexándola del todo recobrada, se despidió de ambos Termonio, no obstante las instancias vivas con que quiso Amelo detenerle; pero ofreció volver en breve á visitarle.

No sabia este anciano qué pensar de aquella jóven extrangera; y aunque tuvo la prudencia de no preguntarla cosa alguna en una sazon en que la humanidad le inspiraba otros cuidados, se prometia desde luego satisfacer su curiosidad á la mañana siguiente. Levantóse con este designio al rayar el dia; y miéntras Eumenia (que este era el nombre de la jóven) baxaba de su quarto, él se encaminó al de Salmon, y le refirió circunstanciadamente su lastimosa aventura, y la llegada de Termonio, enviado sin duda por el cielo á salvar sus preciosos dias.

„Tal vez te fuera increible, dixo Sal-
» mon despues de haber oido el suceso, lo

» que ahora voy á contarte, á no saber,
» por experiencia, que jamas se halló en
» mis labios la mentira. Sí, mi querido Ame-
» lo: ¿Te persuadirás á que yo he soñado
» esta noche quanto acabas de decirme?
» Pues no para aun en eso: sino que tam-
» bien soñé que estaba viendo al deseado
» Alfonso. ¡Desventurado! Aun ahora me
» parece verle cubierto de un sayal tosco
» ceñido á la cintura con una gruesa soga.
» Sus mexillas pálidas y sumidas, su flaca
» estructura y su tristeza indicaban una vi-
» da austera y penitente. A mí me contris-
» tó sobremanera su lastimosa situacion,
» quando esa misma jóven, que acababa de
» salvar un hombre desconocido, se ofrece
» de repente á sus ojos, y se arroja á sus
» brazos enagenada. Mi corazon palpitó de
» gozo á un espectáculo tan tierno; pero
» para coronar las delicias de aquel sueño,
» te ví llegar, y mezclar tus lágrimas y
» abrazos con los de tus hijos. Yo quise
» abalanzarme á tí en aquel instante; pero
» una mano invisible pareció estorbármelo,
» á pesar de los esfuerzos que hacia. Quando



Saca Termonio á Cumenia de un arroyo en que habia caido.

»ya mis manos iban á tocar las vuestras,
»desaparecísteis los tres, y solo ví un ataud
»cubierto de una funesta mortaja. Lle-
»nóse mi corazon de tan amargo dolor,
»que me hizo despertar sobresaltado, cre-
»yendo ver realmente lo que acababa de
»soñar. He reflexîonado largo rato, y la
»primer idea que ha traido esta vision á
»mi discurso me dice que tú no tarda-
»rás en ver á Alfonso, y que la muerte
»me privará á mí del gozo de estrecharle
»entre mis brazos."

Trabajaba Amelo por destruir aquella triste imaginacion de su amigo, quando la persona misma que habia destinado al cuidado de Eumenia entró á advertirle que se sentia indispuesta. Corrió á verla al instante, enviando ántes á llamar un Médico de su confianza. Manifestóle nuestra jóven la pena que tenia de haberle incomodado; pero el generoso anciano la aseguró que, léjos de suceder lo que ella pensaba, tendria un singular placer en asistirla y cuidarla. „¡Ah! ¿y cómo podré yo pagar vues-
»tras bondades, le replicó Eumenia con

„una angélica dulzura? Mirándome como „á padre, dixo Amelo. Disponed libre- „mente de quanto yo poseo: y creed, Se- „ñora, que el mas ardiente y tierno de „mis votos se ve cumplido quando me „da el cielo ocasion de consolar á un des- „graciado." „Yo le rindo, añadió ella, las „mas humildes gracias, porque en mi tris- „te situacion, me ha deparado el cariño „de un varon tan sensible y virtuoso."

Llegó á esta sazon el Médico, y viendo á Eumenia con calentura, la hizo sangrar al instante; cuya oportuna operacion, y unos dias de buen régimen y descanso, la mejoráron considerablemente, pero no disipáron su cruel melancolía. Como Amelo no se apartó de ella un instante miéntras estuvo enferma, logró conocer á fondo su carácter, admirándose no poco de hallar tan grande juicio en tan tiernos años. Su grandeza de alma, su singular paciencia, y su religiosa conformidad, le uniéron tan estrechamente á Eumenia, que desde luego hubiera tenido su llegada por especial favor del cielo, si pudiera lisonjearse

de que ella viviria con gusto en aquella soledad léjos del mundo. No cesaba de decírselo así al piadoso Salmon: y como este se habia acostumbrado por mucho tiempo á no ver en los acaecimientos de la tierra mas que los efectos inmediatos de la voluntad suprema, solia responderle siempre: „Que »jamas debia desconfiar el hombre; pues »enviaba comunmente la Providencia sus »auxîlios y consuelos quando ménos lo »esperaba."

Tributaba Eumenia á su bienhechor aquellas caricias inocentes, que suelen inspirar á las nobles almas la gratitud, el respeto y confianza. Nada habia insinuado aun acerca de su marcha, porque el mismo Amelo huia cuidadosamente de quanto podia aludir á ella. Lo mas que un dia se atrevió á decirla fué: „Conozco, ama»da Eumenia, que os afligen muchas pe»nas: si son de aquellas que pueden co»municarse á un amigo, y me juzgaseis »digno de semejante confianza, desahogad»las en mi seno. Mas si debeis sepultarlas »en el vuestro, estad segura de que jamas

»os instaré á revelarlas." Nada le habia dicho tampoco de la causa de hallarse en un pais tan apartado del suyo, porque despues de su convalecencia se habia dedicado con Amelo á la asistencia de su anciano amigo, cuya salud veian quebrantada. En una ocasion que se hallaban ambos en el quarto del enfermo. „¡Oh quanto, »Eumenia, me es agradable hoy vuestra »compañía! ¡y quanto mas lo fuera, di»xo Amelo, á no estar temiendo siempre »que habeis de abandonarme!" „Sí, ge»neroso Amelo, respondió ella: un azar »me conduxo á vuestra casa; pero no fué »el azar quien me sacó de España, donde »nací, para traerme á este pais, como vis»teis, en busca de un mortal á quien amo »como á vos os reverencio. Es mi esposo, »y me ha abandonado por una injusta sos»pecha." Al pronunciar estas palabras se la llenáron de lágrimas los ojos, y pareció haber enmudecido de repente. Amelo tambien enternecido, exclamó entónces: „¿Tan jóven, tan hermosa, y tan desgra»ciada? Pluguiera al cielo, replicó Eume-

»nia, que no hubiera debido á la natura-
»leza tan funestos dones. La hermosura,
»Señor, es un presente que apénas hay
»muger á quien haga venturosa; pues se
»grangea por lo comun la persecucion de
»los hombres viciosos, y el odio y envi-
»dia de todo nuestro sexô."

„Y decidme, amada Eumenia, la dixo
»el cariñoso viejo, ¿por qué extraña com-
»binacion de circunstancias venis á bus-
»car en este pais á vuestro fugitivo espo-
»so? ¿Cómo ha podido abandonaros? ¿Y
»cómo os resolvisteis á venir de tan lejano
»clima, siguiendo las pisadas de un hom-
»bre que no supo conocer lo que valíais?"

„El amor y la virtud han sido siem-
»pre mi norte, respondió Eumenia: creia
»hallarle en su patria, despues de buscar-
»le inútilmente en la mia, y deseaba con-
»vencerle con esta sola prueba de la ver-
»dad con que le amo, y la sinrazon con
»que obró contra mí, dando crédito al
»odio y la calumnia." Iba á proseguir su narracion, quando entráron á anunciar el arribo de Termonio. Corrió Amelo á reci-

birle, y le presentó á Salmon: el qual, apretándole afectuosamente la mano, „dignaos, »le dixo con una voz bastante débil, de »ser desde hoy para Amelo lo que él ha »sido siempre para mí: que yo moriré con»tento, sabiendo que vuestra eterna amis»tad reemplaza en su corazon á la mia."

Aseguróle Termonio que desde el primer momento que le habia visto, deseó con ansia tenerle por amigo, y esta protesta consoló no poco al enfermo. Pidiendo entónces Amelo que prestasen su atencion, prosiguió hablando en estos términos Eumenia.

„Yo nací en Madrid, de una familia »tan ilustre como rica. Mi padre, de quien »notaréis tal vez que no hablo siempre »con la debida cordura, es uno de aque»llos hombres poseidos de ciertas preocu»paciones, y á cuyos ojos solo tiene es»timacion el oro ó la nobleza. Dedicado »siempre á exâminar genealogías, no so»lamente conoce las principales de Espa»ña, sino gran parte de las de Europa, don»de mantiene infinitos corresponsales que

» le informan, y aun le envian copias exâc-
» tas de qualesquiera testamentos ó dispo-
» siciones que puedan ilustrarle en aquel
» ramo.

» En esto habia disipado ya una gran
» parte de su crecido patrimonio, llevân-
» dole su fanatismo al extremo de abomi-
» nar el trato de aquellas gentes que no
» afectaban tener una aficion decidida á su
» mismo estudio. Esta desgracia nos alcan-
» zó á mi madre y á mí, que no conten-
» tas con manifestar nuestra aversion abier-
» tamente, pasamos muchas veces á poner
» su aplicacion en ridículo. Sacamos el fru-
» to que debíamos esperar de un hombre
» ya preocupado. Comenzó á mirarnos con
» disgusto: luego degeneró en una aversion
» manifiesta: creció la discordia y desave-
» nencia en sus ideas; y deseoso mi padre
» de no tener quien se opusiese á su gusto,
» animado de su impetuoso carácter, se-
» paró de sí á mi madre, enviándome á mí
» en su compañía á un lugarcillo inmedia-
» to. Quedó el gobierno de la casa á car-
» go de una hermana mia, que, mas sagaz

» en efecto, ó de mas talento que yo, se
» habia grangeado todo el cariño de mi pa-
» dre con solo aparentar un excesivo amor
» á su misma extravagancia.

» Yo partí al fin con mi madre, sin otro
» sentimiento que el de alejarme de un jó-
» ven, cuyas prendas recomendables tenian
» ganado mi corazon inocente. Habíale co-
» nocido en la tertulia de una amiga: allí
» me declaró su aficion honesta, y allí le
» dí de la mia aquellas pruebas que la vir-
» tud prescribe á una jóven de mi clase y
» de mi estado. Aprobaba mi madre esta
» inocente llama, recomendándome siem-
» pre la moderacion y cordura, hasta que
» nuestras desazones domésticas ofreciesen
» una oportuna ocasion de alcanzar el be-
» neplácito de mi padre para unir nues-
» tros tiernos corazones. Sin embargo, co-
» nociendo la situacion de mi alma, no
» quiso oponerse á que avisara nuestra par-
» tida á mi amante. Con efecto, él iba á
» menudo á vernos á la aldea, y su agra-
» dable compañía nos hacia ménos amar-
» go aquel destierro. Pero como por lo co-

„mun no se hallan satisfechas las pasio-
„nes hasta llegar al término que desean,
„veíamos con dolor la dilacion de nues-
„tro enlace: no sabíamos como anticipar
„el instante: conocíamos el obstáculo que
„ofrecia el violento carácter de mi padre;
„pero atropellándolo todo el amor, y sien-
„do el hombre, por lo comun, mas arres-
„tado que nosotras, corrió á implorar en
„favor el auxîlio de mi madre el enamo-
„radò Alfonso."

¿Qué nombre habeis pronunciado, señora? exclamó con prontitud y sobresalto Amelo. ¡Alfonso! ¡oh buen Dios! Y que ¿decis, que esta es su patria?

„Si Señor, respondió Eumenia. Aquí
„nació: y aquí dexó, por una ligereza de
„su juventud, á su amoroso padre. El es,
„vuelve á exclamar el enagenado Amelo.
„Mi Alfonso: el tierno hijo, que lloré per-
„dido tantos años. No me engañeis, Se-
„ñor, replicó Eumenia. ¿Será posible que
„el cielo haya premiado mi amor y mi
„constancia, trayéndome por rumbo tan
„extraño á los brazos del padre de mi Al-

»fonso? Sí, hija mia, sí: añadió el trastor-
»nado anciano, estrechándola á su seno,
»y bañando su hermoso rostro con un tor-
»rente de lágrimas de alegría. Yo soy su
»padre y el tuyo: venturoso mas que
»ningun mortal, si quiere el cielo volver á
»nuestros brazos á ese jóven desgraciado."

Sí le volverá, amigo, no lo dudes, dixo entónces el regocijado Salmon. Ya ves hoy cumplida una gran parte de mi halagüeño vaticinio: reflexîona, pues, el imperisado medio de que se valió la Providencia para traerte nuevas de tu hijo. Bendícela por la piedad que usó contigo enviándote á una jóven que tanto debe ya interesarte para templar tus penas entre tanto. Entrégate en sus manos consoladoras, y ambos esperad ver coronada por ella la ventura que gozais en este instante. Sí, amable y virtuosa Eumenia: no dudeis de la Providencia bienhechora, que vela siempre por la virtud, y tarde ó temprano atiende los justos ruegos de la criatura. Conservad eternamente esos puros sentimientos hácia vuestro esposo: perdonad en vuestro co-

razon sus yerros, y esperad con resignacion el feliz momento en que el cielo quiera premiaros, trayéndole á vuestros brazos por otro rumbo tan extraño como el que os conduxo á los de Amelo. No sois vos sola, Eumenia, la que llora el pérfido proceder del hombre: son innumerables las víctimas de su engaño y su inconstancia. Vos á lo ménos lamentais solo la pérdida de un esposo; pero no la del honor y virtud, como lamenta muchos años ha, no léjos de esta quinta, otra infeliz hermosura. Seducida por uno de aquellos jóvenes ociosos y estragados, de que, por desgracia, abundan tanto las populosas ciudades, vino á ocultar en esta soledad su oprobio, y á llorar su yerro con el triste fruto de una credulidad insensata. ¡Ay, Señora, quanta compasion me ha debido su desgracia! Sin embargo, yo aun espero que recobre un dia su honor y la perdida paz de su espíritu, uniéndola aquel Sumo Poder que lo gobierna todo al mortal ingrato que la causó tantas penas.

Así derramaba aquel sabio y virtuoso

varon el bálsamo del consuelo en sus almas laceradas, fortaleciendo la esperanza de Eumenia y de su amigo, miéntras ellos se expresaban mútuamente el júbilo y ternura de sus corazones con lágrimas y caricias. Pero reflexîonando su prudencia la terrible conmocion que habia causado á nuestra jóven el inesperado hallazgo del padre de su Alfonso, y la extraordinaria agitacion que se notaba en su espíritu, no quiso importunarla por entónces á que continuase su historia.

Llenos, pues, ella y Amelo de su satisfaccion, Salmon de un indecible consuelo, y Termonio de la inquietud que habia excitado en su corazon la jóven abandonada de que habia hablado el anciano, se retiráron á buscar el reposo que necesitaban en brazos del apacible sueño.



LIBRO SEGUNDO.

¡Halagüeña esperanza! ¡Emanacion del cielo mismo! ¡Fuente de las mas agradables ilusiones! Tú fuiste enviada por la eterna Sabiduría al corazon del hombre, para consolarle en sus penas, y ayudarle á soportar sus desgracias. Tú nos sostienes en la afliccion, y nos fortaleces en el abatimiento, mezclando tu dulce veneno con las amarguras de la vida. Tú nos haces arrostrar las fieras borrascas que nos amenazan sin cesar, mostrándonos á lo léjos la dulce perspectiva del seguro puerto. El

agoviado anciano, apénas siente su decrepitud, contemplando tu risueño aspecto. En vano le recuerda el peso de los años, que toca ya el término de su carrera: tú te presentas á él con serena frente: él abraza tu agradable sombra, y olvida su avanzada edad en el momento. Veloz, como el deseo, vas siempre con el hombre: le animas, le sostienes, y en fin, eres para el alma lo que el sueño para el cuerpo; que al paso que él vuelve el vigor á la enervada máquina, tú reanimas al corazon mas abatido.

Habíase abandonado Amelo á las ilusiones de esta deidad bienhechora, quando los hermosos rayos del dia entraron á despertarle. Dexó su lecho con aquella venturosa calma que influyen los vapores de un sueño puro y sosegado. Una ligera y agradable fantasía habia presentado á sus ojos aquel hijo, mil veces mas amado, desde que le contemplaba esposo de Eumenia. Veía muy probable su vuelta; y entregado enteramente á tan seductora esperanza, se glorificaba en su corazon de ver

bien pronto reunidos á sus hijos, quando llegáron á avisarle que el piadoso Salmon estaba quasi espirando, y deseaba hablarle. Corre á su estancia, y queda traspasado de dolor y espanto al verle tan otro del que era la noche antecedente. Los singulares acaecimientos de estos dias, le dixo Salmon con una voz muy débil, han hecho demasiada impresion en mis sentidos: han duplicado mis penas, y han apresurado mi muerte. Sí, querido amigo: conozco que se acerca mi postrer momento; y aunque me le hace amargo el pensar que voy á separarme de tí para siempre, abandonándote en tu mayor quebranto, me consuela ver que el cielo, que se ocupa en la suerte de los mortales, me conservó hasta este instante para obviarnos mil penas y disgustos. Vais á perder un verdadero amigo; pero hallais un nuevo apoyo en la dulce compañía de una hija, cuyos tiernos desvelos te compensarán mi pérdida. Los años me llamaban tiempos hace á mi sepulcro; bien lo ves: he pasado los límites ordinarios de la edad del hombre, y no

debe admirarte ni afligirte ya mi muerte.

Amelo no tenia esfuerzo para interrumpirle: bañaba con lágrimas sus yertas manos, é invocaba interiormente el divino auxîlio. Sin embargo procuraba apartar de sí la idea de una muerte tan próxîma, y trataba de acudir á los remedios; pero Salmon le decia: Ninguno hay contra la senectud, amigo: quando la naturaleza aniquilada apuró todas sus fuerzas, el arte viene á ser inútil: ella lo puede todo sin él, y él nada puede sin ella. El hielo de la vejez ocupa ya muchas partes de mi débil cuerpo, y es fuerza que se comunique hasta el corazon dentro de poco. Bien conocia esta verdad Amelo, y por lo mismo envió á llamar á Eumenia y á Termonio, para que le ayudasen á tributar á su amigo el postrer obsequio. La amable esposa de Alfonso mezclaba sus lágrimas con las de su padre, suministrando al enfermo quantos remedios pedia su deplorable estado, con tanta solicitud y desvelo, que el moribundo viejo se consolaba en inferir quan tiernos serian sus sen-

timientos para con su padre. Hacíaselo reparar á Amelo, y este no acertaba á mostrar su gratitud á un generoso amigo, que se ocupaba de su futura suerte en un momento que debia consagrar enteramente á la suya. Tal es el carácter de la verdadera amistad: manantial inagotable de generosidad y ternura, sacrifica gustosamente su propio amor y conveniencia al interes del amigo.

Salmon recomendó de nuevo á Eumenia el cuidado y veneracion á su tierno padre; y con una especie de tono profético, la dixo: Volvereis á ver á vuestro Alfonso, y volvereis á verle digno de vuestra estimacion y la de Amelo. No puedo señalaros tan dichoso dia; pero estoy seguro que llegará. Mis años, y mi experiencia, me han dexado leer algunas veces en lo por venir, y mi mucha confianza en la justicia y bondad de la Providencia fué siempre el firme apoyo de mi credulidad. He experimentado tantas veces sus beneficios en el discurso de mi vida, y se ha presentado á mis ojos en tantas ocasiones, que seria el mas ingrato ó mas ciego de

los hombres, si quisiera negar la intervencion que tiene esta sabia Providencia en los acaecimientos del mundo. Bien prueba esta verdad, amada Eumenia, lo que os acaba de suceder: y así cuidad que no decayga vuestra confianza, aunque tarde en verificarse. La paciencia y la virtud deben modelar en todos tiempos vuestra conducta, y fortalecer vuestro espíritu, persuadida á que ni una ni otra quedarán jamas sin recompensa. Así la hablaba el virtuoso anciano en el momento de pasar á la eternidad. Semejante al memorable Sócrates, filosofaba con tranquilidad á orilla del sepulcro; y la persuasiva verdad, que vertian sus cárdenos labios, convencia íntimamente los corazones de quantos rodeaban su lecho. Murió, al fin, el piadoso Salmon en aquel dia, sin mas dolor que el de ver llorar á sus amigos. Habló á todos hasta su postrer instante con la mayor presencia de ánimo; y aunque su voz iba debilitándose por grados, no le faltó enteramente hasta exhalar el último suspiro.

Hizo Amelo depositar su cuerpo en un

pequeño mausoleo, que habia construido para sí y para su familia, y en él grabó este sencillo y honorífico epitafio: *Aquí descansa un verdadero amigo.* Las lágrimas, los sufragios, y el pesar de sus amigos y vecinos fuéron la mas eloqüente oracion fúnebre de aquel sabio y virtuoso varon.

Luego que Amelo cumplió con tan sagrados deberes, y refirió á Eumenia y á Termonio las finezas de su amigo, sus amables prendas, sus religiosos sentimientos, y el continuado consuelo que halláron en él sus penas é infortunios, dedicó á su tierna Eumenia todo su amor y desvelo.

Hallábanse un dia los tres, de vuelta de paseo, sentados baxo un sombrío emparrado de madre-selva; y rogándola Amelo que continuase su historia, volvió á tomar el hilo en estos términos: „Inspiró „Alfonso tanta amistad á mi madre, como „amor á mí. Protestábale continuamente „que si estuviera en su mano, sus deseos „serian en el momento cumplidos; pero „que dependiendo absolutamente de un

» marido imperioso é incapaz de prescindir
» de su autoridad paterna por contempla-
» cion alguna, de nada servia su buena vo-
» luntad para unir nuestros corazones. Sin
» embargo le instruyó en el como debia
» conducirse, para que su proposicion sur-
» tiese buen efecto, teniendo por indis-
» pensable descubrir á mi amante en aquel
» caso el carácter de su esposo. Cerciora-
» do, pues, Alfonso de la extraña preocu-
» pacion de mi padre, no le pareció difícil
» traerle á su partido. Efectivamente él se
» le insinuó de modo, que cautivó su vo-
» luntad á primera vista. Declaróse acérri-
» mo apasionado al delicioso estudio de
» las genealogías, y aun le hizo creer que
» ninguna otra razon le obligaba mas á
» desear nuestro enlace. No fué poco lo
» que lisonjeó á mi padre este principio;
» preguntó á Alfonso acerca de su familia,
» y este le satisfizo de modo, que desde
» luego le miró como al único hombre que
» hubiera elegido él mismo para yerno.
» Creyóse tambien obligado á prevenirle
» mi oposicion á un estudio, que formaba

»sus delicias; y Alfonso le contestó, co-
»mo resuelto á emplear toda la autoridad
»de marido, para conformar con sus ideas
»las ideas de su hija. En una palabra,
»enamorado de ver quanto se adaptaba á
»su modo de pensar, le apretó la mano,
»diciéndole: Sois un gran mozo, y en
»breve os haré dueño de mi hija. Corrió
»Alfonso á informarnos de lo ocurrido;
»y á los dos dias le vimos llegar acompa-
»ñado de mi padre. Ya es tiempo, hija
»mia, me dixo, de darte estado, unién-
»dote á un sugeto recomendable por la
»nobleza y antigüedad de su linage: y
»he aquí la sola ocasion de reconciliarnos.
»Yo le aseguré de mi obediencia; protes-
»tándole que el solo deseo de merecer su
»gracia me sometería á su gusto. Presen-
»tóme entónces el esposo que me desti-
»naba, y hallándome dispuesta á compla-
»cerle, me honró con su amistad y sus
»caricias. Regresamos todos á Madrid, y
»á pocos dias fuí unida para siempre á mi
»querido Alfonso. En ellos le pareció con-
»veniente descubrirme el verdadero mo-

» tivo de abandonar su patria, sin ocultar-
» me los yerros que le habian culpado á
» la presencia de su padre. Sin embargo
» estaba resuelto á dexar la España, y ve-
» nirse á implorar vuestra clemencia, en-
» viándome delante á sondear vuestra in-
» tencion, y preparar vuestra ternura en
» favor suyo; pero las desazones domésti-
» cas que sucediéron á nuestra union disi-
» páron del todo nuestro juicioso proyecto.

» ¡Ah! que ningun enlace mas ventu-
» roso que el nuestro, si envidiosa de nues-
» tra felicidad mi hermana no la hubiera
» malogrado. Son tantos los medios que
» tiene el malvado para lograr sus daña-
» das miras, que es imposible al hombre
» ponerse á cubierto de sus perniciosos ti-
» ros. Entre los varios sugetos que forma-
» ban nuestra amable sociedad, habia un
» jóven Ingles de un mérito poco comun,
» y de un personal recomendable. Hamil-
» ton, que este era su nombre, fué el es-
» cogido por mi hermana para instrumen-
» to de nuestra ruina. Procuró persuadirle
» que yo habia concebido por él una esti-

»macion particular; y esto le pareció á
»él suficiente para visitarme con mayor
»freqüencia. Sin embargo es muy proba-
»ble que mi hermana, que conocia á fon-
»do mis ideas y la esquivez de mi carác-
»ter, le encargara que se fuese declaran-
»do con mucha lentitud y pulso, quan-
»do no me dió á entender jamas el objeto
»de sus continuas visitas. Por lo demas
»yo creo que á no mediar la pérfida in-
»sinuacion de mi hermana, jamas hubie-
»ra abrigado Hamilton un deseo tan cri-
»minal hácia la esposa de Alfonso: y me
»confirma en esta opinion el verle tan
»solícito de mi estimacion y la suya; pe-
»ro él era jóven, y la corta edad ha si-
»do siempre muy crédula. Llevada de es-
»te principio, empleó mi hermana su as-
»tucia para lograr que me creyera Alfon-
»so culpada. Procuró inspirarle unos ra-
»biosos zelos, haciéndole saber que yo
»dispensaba á Hamilton mas atencion que
»á otro alguno: y era así, en efecto, por-
»que sus qualidades le hacian mas acreedor
»á ella. Si se hubiera declarado Alfonso

» conmigo, pronto fuera la trama descu-
» bierta; pero él ocultó su sentimiento
» en el fondo del corazon, contentándo-
» se con observarnos de cerca. Yo no di-
» go que el proceder de Hamilton no
» autorizase en algun modo sus sospe-
» chas, engañado por el artificio de mi
» hermana; ¿pero por qué habia de obs-
» tinarse en callármelas? ¿Por qué habia
» de reservarlas á una muger que le ama-
» ba tanto, y cuyas caricias se lo acredi-
» taban continuamente? ¿Por qué dexar-
» me la libertad de ver á todas horas á un
» hombre, con quien me creyó capaz de
» ofenderle? Si yo hubiera tenido realmen-
» te alguna aficion al jóven Ingles, Alfon-
» so, en lugar de cortarla en tiempo, co-
» mo debia, se complacia en presentarme
» un precipicio, al qual bastaba un mo-
» mento á arrastrarme para siempre. Este
» proceder, tan extraño en un marido, se-
» ria incomprehensible, á no mediar una
» hermana tan sagaz y tan maligna, por
» quien él se conducia. La sinceridad y
» buena fe son víctimas de la hipocresía,

» hasta que la experiencia nos enseña á co-
» nocer el mundo, y desconfiar de todo.
» Los que tienen un sano corazon, no
» aciertan á creer que los hay llenos de
» engaños y baxeza; pero es indubitable,
» que del mismo modo que la cizaña cre-
» ce al lado de la espiga, nacen los ma-
» los al lado de los buenos.

» No se contentó mi hermana con in-
» fluir y aconsejar siniestramente, sino que
» para acabar de engañar á Alfonso re-
» currió á mas seguros medios: disfrazá-
» base de quando en quando con vesti-
» dos enteramente parecidos á los de Ha-
» milton, y se introducia así en mi quar-
» to á horas sospechosas y con afectada
» reserva. Algunas veces me inducia á sa-
» lir con ella á paseo por la noche; y yo
» condescendia á todo, porque no hallaba
» cosa que se opusiera á mi honor, ni á
» la mas escrupulosa conducta. Así corria
» yo, sin saberlo, hácia mi ruina, igno-
» rando que con un trage en todo igual
» al que vestia Hamilton regularmente, pa-
» saba por él mismo á los ojos de mi es-

» poso. El deseo de vengar su creida ofen-
» sa se apoderó de su corazon: busca á su
» inocente rival; y aunque este aspira á
» justificarse, y calmar el furor injusto de
» su amigo, fué inútil, é inevitable venir á las
» manos. ¡Ay Dios! que aun me parece
» ver á Alfonso teñido en sangre de su con-
» trario: el furor retratado en sus ojos, y
» vomitando un torrente de injurias con-
» tra su infeliz esposa. Aterrada de verle
» en un estado tan nuevo para mí, y con-
» fundida al oir los afrentosos dictados
» con que denigraba mi inocencia, no tu-
» ve el suficiente espíritu para sincerarme:
» La sorpresa, la indignacion y el asom-
» bro me pusiéron en el mayor desórden:
» y en tan deplorable estado no tuve otra
» accion que la de echarme á sus pies,
» despues de intentar inútilmente ablan-
» darle con mis lágrimas. Esta accion, muy
» léjos de moverle, acrecentó su furia.
» Abrazada á sus rodillas para detenerle,
» clamaba de un modo capaz de enterne-
» cer el corazon mas duro; sin conseguir
» otra cosa que el atraer allí algunas gen-



Abandona Alfonso á su Esposa Cumenia sin que le ablanden sus lagrimas.

» tes, despues de huir Alfonso. Halláron-
» me en el suelo desmayada: me conduxé-
» ron al lecho, y aunque no tardé en re-
» cobrarme, fué ya poseida de una ardien-
» te calentura, triste resultado de tan do-
» lorosa escena. Pasé algunos dias fluc-
» tuando entre la vida y la muerte, de-
» biendo mi restablecimiento á los desve-
» los de la mas tierna de las madres. Quan-
» do me halló ya capaz de oir sin perjui-
» cio de mi salud la narracion de mis des-
» gracias, me contó la fuga de Alfonso,
» y las inútiles diligencias que hasta en-
» tónces se habian hecho por descubrir su
» destino. Considerad, padre mio, qual
» seria mi situacion al verme abandonada
» por un esposo á quien amaba, y acusada
» de un crímen, de que me hacian incapaz
» mi ternura y la virtud, que era mi nor-
» te. He aquí el mayor de mis pesares:
» ser á sus ojos una muger criminal, quan-
» do mi corazon no hallaba de que arre-
» pentirse: en fin, yo me hubiera rendido
» tal vez á tantos males, á no sostenerme
» el consuelo de una prudente madre, y

» la tranquilidad de mi conciencia. La es-
» peranza de ver á Alfonso desengañado me
» infundió nuevo espíritu; y me dediqué
» desde entónces á averiguar la ocasion
» de aquella amarga aventura. El cielo,
» propicio siempre al inocente oprimido,
» quiso que no muriese Hamilton entón-
» ces. Él solo tenia el hilo de la iniqua
» trama, que mi zelosa hermana habia ur-
» dido: y apénas convaleció, nos hizo ma-
» nifiesta la horrorosa intriga, de la qual
» habia sido él mismo víctima inculpable.
» Este fatal descubrimiento acrecentó mis
» penas, haciendo ya obligacion el deseo
» de retraer de su engaño á mi infeliz ma-
» rido. Vínose insensiblemente á apode-
» rar de mí tan profunda melancolía, que
» al menor impulso de sensibilidad se me
» saltaban las lágrimas; y esto puso en al-
» gun cuidado á mis padres. Llamáronse
» á algunos Médicos, y todos conviniéron
» que me fuera por unos dias al campo,
» como lo hice; pasando un mes en una
» aldea acompañada de mi madre. Pero
» léjos de calmar mi extrema sensibilidad,

» la hacia mas vehemente la campiña. No
» podia ver á dos paxarillos unidos sin ane-
» garme en lágrimas. Jamas me olvidaré de
» un dia, que hallándome sentada junto á
» un bosque, viniéron á decirse sus amo-
» res cerca de mí dos tortolillas. Yo las
» contemplaba con un gozo mezclado de
» tristeza, envidiando su ventura, quan-
» do el estallido de una escopeta rompió
» la dulce union de aquellos dos amantes.
» Dí un grito involuntario, y con él hice,
» sin duda, alejar de allí al desapiadado ca-
» zador, á quien hubiera llenado segura-
» mente de dicterios. Las pobres tortoli-
» llas echáron á volar, y yo daba gracias
» al Autor de la naturaleza, porque se ha-
» bia dignado librarlas, quando una de
» ellas vino á caer muerta á mis pies. Co-
» gíla sollozando, bañándola con mis lá-
» grimas, y lamentando la suerte de su
» cruel compañera: Pobrecita, decia, yo,
» mas desgraciada que tú misma, moriré
» del dolor de haberte perdido para siem-
» pre.

» Restituímonos á Madrid, sin que los

» Médicos hallaran el menor alivio en mis
» males: ántes bien aseguráron, que si yo
» alimentaba mas tiempo mi tristeza, ella
» misma vendria á acabar muy pronto con
» mi vida.

» Miéntras tiene el hombre una espe-
» ranza, ama el vivir: por cuya razon
» ofrecí poner en práctica quanto creye-
» sen que podia alejar de mí el negro hu-
» mor que me devoraba. Conviniéron, pues,
» en que el viajar podria ser el mas eficaz
» remedio; y á la verdad que ningun otro
» acordaria mas con mi deseo; pues esta-
» ba resuelta á buscar á Alfonso por qual-
» quier rincon del mundo donde se hubie-
» ra ocultado. Concebí en aquel instante
» el designio de venir á su pais, adonde
» creí que se habria refugiado, ó donde,
» al ménos, esperaba hallar alguna nueva.
» Mi madre aplaudió esta constancia, y
» tuvo la generosidad de aprobar una re-
» solucion, que iba tal vez á apartarnos
» para siempre. No diré el doloroso es-
» fuerzo que nos costó esta triste separa-
» cion; pues ni aun la indiferencia de mi

» padre pudo mostrarse insensible al dolo-
» roso á Dios que me alejó de su vista.
» Colmada en fin de presentes y bendicio-
» nes de su ternura, dexé la Corte de Es-
» paña, seguida de mi camarera y un cria-
» do antiguo de casa, cuya fidelidad me
» era bien notoria. Por lo que toca á mi
» hermana no tuvo valor para ver partir
» del seno de sus padres á una infelice víc-
» tima de sus horribles maldades; pero yo
» tuve por conveniente dexarla escrita una
» carta, concebida poco mas ó ménos en
» estos términos. Si un verdadero arre-
» pentimiento mudase vuestro corazon en
» lo sucesivo, acordaos que sois causa de
» mis desgracias, y aspirad á repararlas.

» Procuré en todas partes alguna nue-
» va de Alfonso y de su padre, sin averi-
» guar otra cosa que el que os habíais reti-
» rado á una de vuestras haciendas hacia
» muchos años; pero que habríais ya muer-
» to del pesar de haber perdído vuestro
» hijo. Dexéme de mas averiguaciones, que
» solo servian de llenar mi alma de inquie-
» tud y pena; y quedando mis dos cria-

» dos en la capital de esta Provincia á es-
» perar algunas cartas de la mayor impor-
» tancia, acompañada solamente de un la-
» brador honrado, que se ofreció guiar-
» me al parage donde me aseguráron que
» habitábais, fuí atravesando bosques y
» campiñas muchos dias. Quanto mas nos
» acercábamos, mas crecia mi incertidum-
» bre, porque nadie os conocia por el
» nombre ni las señas. Hacíase ya de no-
» che, y yo, desfallecida y cansada, no
» me resolvia á caminar mas en busca de
» un seguro albergue, quando llegué á
» descubrir á lo léjos una quinta. Confiada
» en hallar allí tal vez noticias seguras, re-
» solví encaminarme á ella, y pedir que
» me hospedasen aquella noche. Con efec-
» to, me despedí de mi buena guia, y di-
» rigí allá mis pasos; pero me detuvo el
» no saber cómo atravesar un crecido ar-
» royo: fuí costeándole largo trecho, has-
» ta que al extremo de una pradera hallé
» un pequeño puente, ó por mejor decir,
» una escala medio cubierta de tablas po-
» dridas y apoyadas sobre dos estacas mal

»seguras. Fuí á pasar por él, y hundién-
»dose de improviso, dió motivo al tris-
»te suceso que presenciásteis, y que ben-
»digo mil veces; pues á él debo la ven-
»tura de hallar con mi libertador al tier-
»no padre de Alfonso."

Aquí acabó su narracion Eumenia, quedando Amelo y Termonio tan compadecidos de sus desgracias, como admirados de su resolucion. Este la protestó que miraria siempre como el mas precioso de sus dias aquel en que habia salvado de tan inminente riesgo á una jóven de su mérito: y Amelo abrazándola tiernamente, ¡oh hija mia! la dixo, la Providencia, sin duda, te conduxo á este apacible y solitario sitio, para que en él disfrutes un descanso, que jamas hubieras disfrutado en tu patria. Las desavenencias son mas duraderas entre propios que entre extraños: y la persecucion de una envidiosa hermana hubiera envenenado todos los instantes de tu vida. Tú tomaste el mejor partido sin duda, pues Alfonso sabrá tu inocencia y tu venida á este pais con el objeto de hallar-

le: y el motivo de vuestra separacion labrará seguramente nuestra comun ventura. Sí, amada Eumenia, sí; la intencion de la Providencia se dexa ver bien clara en el enlace de unos sucesos tan extraordinarios. Solo resta pedir al cielo por ese miserable, que estará expiando bien amargamente sus yerros, léjos de discurrir la felicidad que aquí le espera.

Habíase ya puesto el sol, sucediendo un apacible fresco á un calor extraordinario: y Termonio, que necesitaba explayar en la soledad sus penas, se separó de los dos á dar un largo paseo por la orilla del arroyo. El discurso del piadoso Salmon acerca de una jóven seducida y abandonada, habia hecho demasiada impresion, como vimos, en su espíritu. No era de extrañar pudiendo él mismo reconvenirse de un hecho semejante. Es verdad que cometió este exceso en su juventud, y que una serie de aventuras que siguiéron á sus viages se le habian hecho olvidar enteramente. Pero consolidada con los años la razon de Termonio, y reflexîonando so-

bre las últimas razones de Salmon, le parecia que la Providencia misma se las habia inspirado para reprehender su pasado yerro, é inducirle, si era posible, á repararle: y á la verdad, que por un secreto enlace lo vemos prácticamente unido todo, y que un poder invisible ordena á su gusto los grandes y pequeños acaecimientos. Miéntras Termonio paseaba, embebido en sus amargas reflexîones, recorria Amelo con Eumenia la feliz herencia que debia poseer un dia, ya volviera su triste esposo, ya les negara el cielo este consuelo. Sin ser opulento, hija mia, tengo los bienes suficientes, la decia, para consolar al desgraciado, que es el uso mejor que se puede hacer de las riquezas. Si hubiera de carecer de esta satisfaccion, querria mas haber nacido en brazos de la pobreza, que nadar en la opulencia. Al pronunciar estas palabras llegáron al alto de una colina, de donde se descubrian los hermosos prados cercados de arboledas, que habian de pertenecer un dia á sus herederos. Tiende la regocijada vista sobre los numerosos reba-

ños que pacian tranquilamente en los abundantes prados, y dice á su querida Eumenia: „He aquí mis ricas estatuas: aquellas »gordas becerras, y estos corderos retozones, me placen infinitamente mas que »los lustrosos márinoles y alabastros que admiramos en los parques de las grandes capitales: en el campo debe ser todo animado, hija mia." Llevóla despues á sus jardines, y la fué enseñando muy por menor las obras con que él habia enriquecido su pequeña hacienda. Por todas partes descubre la bella union de lo agradable y lo útil, y tambien en todas reconoce señas de la profunda tristeza del que allí habita. Los parages que podian excitar en él un doloroso recuerdo, se veian cubiertos por la funesta sombra de sauces, abetos y cipreses. Pero nada robó mas la atencion de Eumenia que el sencillo mausoleo que habia erigido el sensible Amelo en una pequeña plaza, situada al fin de una calle de árboles estrecha y lóbrega, y que apénas dexaba verse por la multitud de álamos y pinos que la cercaban, y que esparcian en

aquel monumento sepulcral un dia triste y sombrío. El exterior era cubierto de mármoles negros y blancos, y cerrado con una reja de hierro. A un lado de la fachada se veia, representando al tiempo, un viejo adusto, con la guadaña en una mano, y en la otra el relox de arena, que parece recordarnos la brevedad de la vida. Al lado opuesto el esqueleto de la muerte cubierto con un manto negro sembrado de estrellas de fuego, y amontonados á sus pies los cetros, las diademas y otras grandezas de la tierra. El mismo Amelo habia grabado debaxo de ella estas palabras:

La teme el reo, el infeliz la llama,
Y el valiente la reta; pero el justo
La espera y la recibe sin disgusto.

Abre Amelo la reja, y mostrando á Eumenia varios sepulcros de mármol negro: „En este, la dice, vertiendo algunas lá»grimas, se encierran las cenizas de la »tierna madre de Alfonso, cuyo naci»miento la costó la vida." Al instante se hincó nuestra sensible jóven de rodillas an-

te aquellas preciosas reliquias, y las roció con sus lágrimas. „Este otro, prosiguió »Amelo, contiene el yerto cadáver del »piadoso Salmon que viste espirar poco »hace, y cuyas cenizas debí creer mezclar »con las de mi amada familia." Por último, la hizo ver el que tenia destinado para sí, diciéndola: „En este, hija mia, será depo- »sitado un dia mi cuerpo. Sé fixamente que »tú vendrás á visitarle muchas veces, y »que le honrarás con tus lágrimas. Los »gemidos de la virtud, los lloros de la »amistad, y el sincero dolor de una alma »pura, complacerán á la sombra de tu pa- »dre." La llorosa Eumenia precipitada en los brazos de su padre: „¡Ay Señor, le de- »cia, no hableis de morir ahora! Pensad »únicamente que no tengo otro apoyo »que vos en el mundo. ¿Qué seria de Eu- »menia si os perdiese? Harto tiene que »llorar la pérdida de Alfonso." „Perdona, »amada hija, replicó el buen viejo, si he »lastimado tu corazon sensible; pero no »temas que en adelante me abandone á »mi dolor; pues desmereceria sin duda el

»beneficio que el cielo me dispensa envián-
»dote en mi alivio. Animados y consola-
»dos mútuamente aguardaremos con pa-
»ciencia el cumplimiento de las promesas
»del virtuoso Salmon, persuadidos, como
»lo podemos estar, á que la verdad nos
»habló en sus moribundos labios." Saliéron de aquel sitio consagrado al dolor y la muerte, y se encaminaron al término de otra calle, que formaba por uno y otro lado un espeso y crecido plantío. Descubríase desde él un jardin pequeño á manera de estanque, cercado de *tilos* y *sicomoros*, y coronado de toda suerte de arbustos y de flores. Respirábase allí un ayre saludable, y lleno de los suaves aromas que exhalaban aquellas plantas odoríferas: y los asientos de cesped, sembrados de margaritas y violetas, ofrecian en todas partes un agradable descanso. Como pasáron de improviso de un lugar sombrío y funesto á otro tan agradable y delicioso, sus almas comprimidas se explayáron, pareciéndoles salir del horroroso tártaro para entrar en los Elíseos.

Tenia Amelo junto á aquel ameno jardin un pequeño pabellon, al qual conduxo á Eumenia; lo primero que llevó su atencion fué un primoroso piano: púsose á tocar en él unos preludios, quedando el gozoso viejo sorprehendido de ver su mucha destreza; pero fué mayor su admiracion, quando oyó que á compas de aquel melifluo instrumento, con una voz encantadora, comenzó á cantar lo siguiente:

Ayer ví del amor las delicias:
Hoy conozco no mas su rigor:
Pues el fiero por quien yo me abraso,
Me abandona á mi mismo dolor.
¡Ay! ya veo en mi eterno llorar,
Que es amor verdadero placer,
Que es amor verdadero pesar.
Alfonso formaba mi tierna ventura,
Premiaba mis ansias, pagaba mi amor;
Pero al fin engañó mi ternura,
Cubriendo de pena mi fiel corazon.
¡Ay! ya veo en mi eterno llorar,
Que es amor verdadero placer,
Que es amor verdadero pesar.

Dió Eumenia tanta expresion á estas palabras, que enternecido el buen viejo, no pudo contener sus lágrimas. Enxugó las suyas la triste jóven, y asiendo tiernamente las manos de su padre: Aun no he perdido, le dixo, todo lo que amo, pues me conserva el cielo al padre de mi Alfonso, cuya amistad y cariño me consolarán de la dolorosa ausencia de mi querido esposo. La virtud me manda conservar mis dias por vos y por él, y la esperanza y la inocencia fortalecerán mi espíritu. ¡Oh hija mia! exclamó Amelo, no desmientas jamas esa constancia; pues no solo nos pronosticó Salmon que se cambiaria tu suerte, sino que de continuo me lo confirma una voz interiormente. Esperémos, Eumenia, y confiemos en el que tiene en su mano el destino de los mortales, y les hace hallar la felicidad, no pocas veces, en el instante mismo en que piensan abismarse para siempre en la desgracia. Sea qual fuere la suerte que el cielo me destina, respondió Eumenia, estoy resuelta á no apartarme de mi tierno bienhechor.

Desgraciados ámbos, por la privacion de un mismo objeto, nos consolará el hablar de él á todas horas. ¿Y quién con mas interes que su padre y que su esposa? Solo me resta comunicar esta resolucion á mi buena madre, para que el saber la tranquilidad con que vive su hija, la haga ménos sensible su ausencia. No habrá olvidado aun los disgustos que me causó mi familia; y temerosa de que mi regreso resucite la envidia de mi hermana, deseará que yo subsista léjos de la mansion paterna. Al acabar estas razones, viéron llegar á Termonio, y sin detenerse, tomáron los tres el camino de la quinta. Viniéron á anunciar á Amelo la llegada de Florencia; y manifestando el placer que le causaba: »Esta sí que será una buena amiga de »Eumenia, dixo: sí; la bella Florencia: »la hija de aquella desgraciada, de quien »nos habló Salmon en sus postreros ins»tantes." Amábalas el tierno anciano como si fueran sus hijas; y si los ruegos del justo son atendidos del Supremo Juez, no llorará siempre aquella desventurada ma-

dre el nacimiento de su hija. Ya se hallaba Florencia en los brazos del regocijado Amelo, quando acabó de pronunciar estas razones. Agasaja despues á Eumenia, preguntándole si era aquella su hija. „ Vues- „ tro arrendador, continuó, fué á contar- „ nos quanto os habia acaecido de unos „ dias á esta parte; y yo hubiera venido „ ántes á participar del gozo que os habrá „ causado el feliz hallazgo de la esposa de „ Alfonso, y á llorar con vos la pérdida „ de nuestro venerable amigo, si hubiera „ podido abandonar un instante á mi ma- „ dre en la profunda melancolía que la „ devora, y de que sabeis que adolece." Dirigióse entónces á Termonio, dándole el parabien de haber salvado á Eumenia: cumplimiento á que no pudo responder sin una turbacion extraordinaria, á causa de la viva impresion que habia hecho en él la vista de Florencia. Su corazon comenzó á latir con desórden, se trastornó su cabeza, y por mucho que él amara otro tiempo, creyó no haber conocido hasta entónces el verdadero amor, comparando

la emocion que sentia con las que habia experimentado en otras pasiones. Lo cierto es, que él no acertaba á ver ni oir á Florencia sin que ansiase oirla y verla continuamente. Su voz dulce y penetrante convenia tanto con el candor de su figura: sus naturales gracias tenian tal proporcion con la elegancia de su cuerpo; y en fin, era todo en ella tan seductor y perfecto, que cautivaba sin remedio á primera vista el corazon sensible. Bastáron dos dias solos que se detuvo en la quinta, para formar el vínculo mas tierno de amistad entre ella y Eumenia: y bastarian tambien á hacer de Termonio un ciego amante, si la memoria de una jóven, que él habia seducido otro tiempo, no se hubiera interpuesto entre su corazon y Florencia. Á mas de esto tenia ya quarenta años, y fuera impropio de su edad y de su juicio entregarse ligeramente á una pasion, cuyas amargas resultas habia experimentado mas de una vez en su juventud.

Vivia la madre de Florencia á una le-

gua de la casería de Amelo, en un valle situado entre dos colinas cubiertas de espesa yerba y frutales; pero de suerte retirada de todo comercio, que aun á instancias de la amistad salia rara vez de aquél desierto. La mas pequeña sociedad la era enojosa, y aborrecia de suerte á los hombres, desde que la burló un perjuro, que huia con el mayor horror su vista. Habia dexado su patria por venirse á vivir á un lugarcillo casi ignorado, y acercarse á la de su vil seductor, con la esperanza de hallarle por algun acaso, luego que volviese de sus viages. Habíanse ya pasado diez y ocho años desde la época de su desgracia, y aun no se habia cicatrizado aquella herida. Su sensibilidad la habia convertido en una perfecta Misantropa. De manera que los que conocian su carácter y sus desgracias no se atrevian á oponerse á su opinion y sus gustos. En un palabra, estaba tan lleno su corazon de su infortunio, que no cesaba de hablar de él delante de amigos y de extraños. Esta era la conversacion que

tenia Amelo con Termonio, quantas veces le preguntaba acerca de esta muger peregrina.

Quando Florencia se despidió para volver á su albergue, Eumenia, que no acertaba á separarse de ella, la manifestó el deseo mismo que Termonio, de conocer á su madre, y grangear su afecto. Confesóle Florencia que no se atrevia á presentarle á ella, sin obtener su expresa licencia; pero que tendria un gran placer en solicitarla.

Llegáron todos á la mansion de esta muger singular; pero solo entró en ella la graciosa Eumenia. Paró esta accion á Termonio, hasta que Amelo le confesó, que de las muchas veces que él habia ido á presentarse á ella, jamas le habia recibido, sin embargo de la antigua amistad que les unia. Acogió la madre de Florencia á Eumenia con el mayor agasajo, y como ya sabidora de sus tristes infortunios. Era una dama como de treinta y cinco años, pero su hermosura hacia menor el mérito de su hija; y aunque en nada parecidas, ámbas

tenian una figura angelical: gozaba Florencia la ventaja de que los lirios y las rosas animaban la tez de su rostro, al paso que cubria siempre una suave palidez el de su madre. Tributó esta muger amable algunas lágrimas á los quebrantos de Eumenia, diciéndola: „Vos habeis sufrido »mil penas, hija mia: llorais aun la au»sencia de un esposo; pero ¿qué seria si »os hubiera abandonado ántes de serlo, »despues de seduciros y deshonraros?" No la dexáron articular otra palabra sus sollozos. Arrojóse Florencia á sus brazos, y procuró calmar su dolor con sus caricias. „¡Ah, hija mia! exclama la descon»solada madre: ¿De qué te sirve tu be»lleza y tu talento, si tu nacimiento es »un crímen, y estás condenada á no co»nocer jamas á tu padre? Si él llegára á »verte, yo sé que se gloriaria de haberte »dado el ser, y que haria en obsequio »tuyo, lo que no hizo por tu madre, á »pesar de sus promesas. Pero ¡quan en»vano alimento esta esperanza consolado»ra! El ingrato se ha olvidado igualmen-

„te de las dos, y se han pasado ya mu-
„chos años para que esperemos volver á
„verle."

„No desconfiemos, dixo Florencia,
„de la sabia Providencia: ¿quién sabe lo
„que nos tiene guardado, madre mia? Lo
„que es por mí nada apetezco; pues me
„dió una madre á quien amo, y en cuyo
„seno gozo la mayor felicidad que puedo
„desear. Como el cielo se digne conser-
„vármela, léjos de lamentar mi suerte, la
„bendeciré todos los instantes de mi vi-
„da. ¿Qué vendrá á importarme la opi-
„nion de los hombres? ¡Ah! no envene-
„nemos nuestra corta exîstencia con apa-
„rentes penas, quando la naturaleza la
„agovia con tantas que no podemos evi-
„tar. Nacimos para morir: sabemos que
„en qualquier momento puede asaltarnos
„la muerte; ¿y sin embargo agregarémos
„á tantos males evidentes otros imagina-
„rios, y reprobados por la razon? ¡Ah
„madre! vos cultivasteis la mia demasia-
„do para hacer mal uso de ella; y mien-
„tras siga el camino de la virtud, ofrece-

»ré la mas tierna gratitud á los que me »diéron el ser."

En tanto que Florencia ostentaba así su claro entendimiento y la bondad de su corazon, se paseaban nuestros dos amigos por el jardin aguardando que volviese Eumenia. Sobrevino de repente una ligera lluvia, que les obligó á entrar en la casa: y Amelo, que sabia la distribucion de sus estancias, llevó á Termonio á un salon de mucho gusto al lado de un gabinete, cuya puerta estaba abierta. Entráron en él; y miéntras ellos se divertian en ver algunas preciosas láminas, baxó al salon Eumenia acompañada de Florencia y de su madre. Los dos amigos salen inmediatamente del gabinete á recibirlas, y Termonio se acerca á saludar á la madre de Florencia; pero apénas fixa en ella los ojos queda consternado y sorprehendido. Clara le mira, y cae desmayada en los brazos de su hija, diciendo con un espantoso grito; „ese es tu padre." La confusion de Termonio desaparece al instante, y vuela á socorrer á Clara; la coge

en sus brazos, llega á sus cárdenos labios su abrasada boca, y logra al fin volverla en su acuerdo. Aun se notaba la turbacion en sus ojos; pero se la disipáron bien presto las vehementes pruebas que la dió de su arrepentimiento y ternura su perjuro amante. „¡Ó adorable »Clara! la dixo Termonio: conozco que »debo ser á tus ójos un monstruo detes»table; pero si es capaz tu corazon de »conservar algun afecto al ingrato que te »hizo padecer tanto tiempo, olvida tus »penas, y permite que expie su culpa »consagrándote una vida, que guardarán »á porfia el amor y agradecimiento." Á medida que él hablaba, una dulce serenidad se iba notando en los abatidos ojos de Clara. „¡Ah! tú me abandonaste, ex»clamó ella con una voz exânime: mas »eres al fin el padre de Florencia..." Vuela esta amable jóven á sus brazos, y viene á ser la medianera de su tierna reconciliacion. Un espectáculo tan delicioso arrancó las lágrimas de todos, terminando aquella patética escena las gracias que tri-

butáron al Autor de la naturaleza, y los ardientes votos que le dirigiéron por la felicidad de estos amantes, que á pocos dias unió por siempre el vínculo mas dulce.

Quando se viéron solos Eumenia y Amelo: „ Ya ves, hija querida, la dixo, »por este nuevo exemplo, que no debe»mos desconfiar de ser dichosos, mién»tras haya motivo para alimentar nues»tra esperanza. Nosotros volverémos á »ver á Alfonso, como nuestra amiga aca»ba de ver á Termonio. Sí, yo descubro »no muy léjos el dia de tu ventura; y »para que te sea ménos sensible tu des»gracia, te proporciona hoy el cielo una »digna amiga, en cuyo seno explayes »aquellas penas que no te atrevas á des»ahogar en el mio. Esta grata comunica»cion, que va á establecer la amistad en»tre vosotras, preservará tu corazon del »triste humor que engendra necesariamen»te la impaciencia; y yo no cesaré de »bendecir al árbitro de todo, porque »prepara á mi afligida vejez el inespera-

» do consuelo de que participo en la dul-
» ce sociedad de mi hechicera Eume-
» nia."



LIBRO TERCERO.

¡Quan tierno y dulce es el vínculo de la amistad quando le forman dos corazones sensibles y desgraciados! ¡Qual crece este sentimiento quando va fundado en el amor y la virtud! Hombres infelices, ¿por qué no cultivais uno de los mayores bienes que podeis gozar en la tierra? ¿Por qué no buscais ansiosos el tesoro de un verdadero amigo, en cuyo seno depositeis vuestros ocultos sentimientos? Este delicioso comercio entre dos almas que se explayan y co-

munican mutuamente sus penas y sus gustos, es sin contradiccion uno de los mayores beneficios que debiéron á la bondad suprema los mortales. Pero, enemigos las mas veces de nuestra misma felicidad, miramos con desprecio todo aquello que puede dulcificar nuestra exîstencia. Cubiertos tal vez de la máscara de amistad, solo nos amamos á nosotros, y el duro egoismo y el sórdido interes son los ídolos ocultos de todos nuestros sacrificios.

Ved aquí lo que leía un dia Amelo en ciertas memorias que le dexó el piadoso Salmon llenas de máxîmas y consuelos, de que aquel anciano virtuoso previó que necesitaria un tiempo; de manera, que desde el seno de la eternidad hablaba aun á su amigo y le consolaba en sus conflictos.

Habia ya tres años que vivia Eumenia en la apacible mansion de Amelo, sin haber tenido en ellos notícia del paradero de su esposo, no obstante las vivas diligencias que hacia por saberlo. Tan pronto se figuraba que habria pasado á algun remoto rincon de la América con el ánimo de no

volver; tan pronto le creia muerto: siendo esta amarga idea la que á su pesar subsistia mas en su corazon. Vivia en el tormento de la incertidumbre, sin atreverse á concebir la menor esperanza, ni á negarse enteramente á ella, acordándose de lo que la habia dicho el piadoso Salmon en sus últimos instantes.

Amelo la amaba como verdadero padre, y esto moderaba en algun modo sus penas; pero la deliciosa imágen que habia lisonjeado á los dos no se verificaba; halagábales de continuo la vuelta de Alfonso, y Alfonso no acababa de llegar. Esta dolorosa impaciencia hacia decir continuamente á su afligida esposa que ella habia nacido determinadamente para la desgracia. Sosteníala en esta amarga creencia el ver que en el discurso de tres años, no solamente habia muerto su madre, sino la dulce compañera de su soledad, la cariñosa Florencia, que falleció quasi á sus ojos bien desgraciadamente. Tenia esta amable jóven la costumbre que Eumenia de socorrer y consolar á los pobres de aquellas

cercanías que caian enfermos, ó se hallaban agoviados de algun infortunio: de manera que las llamaban los ángeles tutelares de la comarca. Un dia que Florencia habia entrado en una humilde cabaña, situada en la cima de un montecillo, con el objeto de socorrer á una pobre enferma, se levantó de repente una deshecha tempestad. El furioso aguacero forma un torrente tan impetuoso, que precipitándose hácia el valle, arranca los árboles, asola las casas, y lleva tras sí quanto encuentra. De manera que la cabaña en que Florencia se hallaba vino á ser su sepulcro, y el de la infeliz á quien estaba consolando. Arruinada y sepultada debaxo de diez pies de tierra, de granizo y lodo, hubiéron de sacar magullado y desfigurado el cuerpo mas hermoso que formó la naturaleza. ¡Oh que espectáculo tan doloroso para una madre como Clara, para una amiga como Eumenia, y para unos corazones tan sensibles como los de Amelo y Termonio! Sin embargo adoráron la Providencia, llevando con resignacion el infeliz destino de es-

la víctima de su misma compasion.

No pudo Eumenia consolarse en largo tiempo de la pérdida de su madre y de su amiga, temiendo continuamente que la muerte de Amelo llegase á completar todas sus desgracias. Amelo de su parte temia tambien que ella se rindiese á tan acerbos golpes; y este recíproco miedo acrecentaba realmente su ternura.

Raras veces llegaban á hablarse sin derramar amargas lágrimas. El pobre anciano era demasiado sensible, y la triste Eumenia tenia tan lleno el corazon de penas, que no podia ménos de comunicárselas, á pesar del esfuerzo que hacia por encubrirlas. Y si alguna vez se abstenia de hablar de sus pesares á su padre, no podia ménos de desahogarlos en el seno de aquellas sencillas gentes, cuya voluntad habia cautivado con su dulzura y beneficios. No habia en toda aquella comarca alquería ni cabaña que de quando en quando no visitase, dexando siempre dulces pruebas de su generosidad y beneficencia. Los agradecidos aldeanos hacian tiernos votos por

la vuelta de Alfonso; y en el exceso de su gratitud solian decirla: „Dios cumplirá „vuestro deseo, compasiva Eumenia: él os „volverá la ventura que perdisteis; que no „puede ser siempre desgraciada la que ha„ce á tantos felices." Esta lisonjera seguridad dilataba el oprimido corazon de su bienhechora, y animaba su esperanza el momento en que la veia desvanecerse. Dedicada una gran parte del dia á dar y recibir consuelo, se retiraba por la noche á su quarto, y allí se complacia en expresar al fortepiano todos los sentimientos de su alma. Á esta misma hora solia Amelo dirigirse al sitio donde reposaban las cenizas de su esposa y de su amigo, y pasando por cerca del quarto de Eumenia, oyó que salian de su boca estas razones:

Con ayes lastimeros cada dia
Turbo la paz de este feliz asilo...
Oye la voz de tu afligida Eumenia.
Corre Alfonso á enxugar los ojos mios
Vuelve la dicha á tu constante esposa.
¡Ay, quan en balde son estos gemidos!

Tú vives sin pesar de mí lejano,
Y yo sin tí no sé si muero ó vivo.
Hora vendrá que de mi mal te duelas,
Seguro de mi fe. Llegar la miro.
Y dirás, aunque tarde, me engañáron;
Suya es la pena, y mio es el delito.

Veia Amelo con harto dolor quan insensiblemente venia á menos la salud de Eumenia. Acudia á repararla explayando su espíritu con quantos medios le sugeria su ternura; pero este consuelo solo iba apoyado en todo lo que hasta entónces habia discurrido para alimentar su esperanza. Desesperado ya él mismo de la vuelta de su hijo, no sabia cómo persuadir á Eumenia de lo que él no acertaba á persuadirse. Intentábalo alguna vez, pero sin fruto. Tenia esta desgraciada jóven demasiada penetracion para no ver, en medio de sus discursos, que el temor y desconfianza le despedazaban el corazon. Ya un dia le dixo: „¡Oh venerado padre mio! dexemos de alucinarnos y engañarnos como hasta aquí mutuamente: yo quiero mejor acos-

tumbrarme insensiblemente á la amarga idea de no volver á ver mi esposo, que alimentar una esperanza quimérica. Será dable que vuelva un dia, y me lisonjeo de que le vereis en vuestros brazos; pero yo, que conozco tan cerca el término de mis males, debo renunciar toda esperanza halagüeña, y oir la voz de la verdad por amarga que me sea. Hay entes desgraciados, padre mio; vos teneis muchos exemplos en la naturaleza: yo soy sin duda uno de ellos. Desventurada desde que nací, mi vida ha sido una incesante escuela de males é infortunios. La virtud ha sido mi apoyo largo tiempo; pero aunque ella basta á fortalecer el alma, no tiene ese poder sobre el cuerpo. Las desgracias tienen tambien su término; y quanto es horrible la muerte á los que gozan mil bienes en la tierra, tanto es dulce para los que viven agoviados de la adversidad y los trabajos. Miéntras el mar está en calma todos navegan con gusto; pero apénas distinguen la tormenta quando desean el puerto."

Tales eran las conversaciones ordina-

rias de Amelo y Eumenia. Infelices ambos por la fuga de Alfonso, solo hallaban algun consuelo en la conformidad; pues al fin es la única idea que dexa al alma cierta esperanza fundada en la justicia y bondad de un Ser eterno.

En esta sazon recibió Eumenia una carta de Madrid, que no la ocasionó corta sorpresa al conocer por la letra que era de su hermana. Se apresuró á leerla, y halló que su contenido era el siguiente: „Tú »verás por la que te incluyo quanto he »procurado reparar mi yerro. Los zelos »me hiciéron tu enemiga: envidiaba tu feli»cidad, y procuraba turbarla. ¡Mas ay, »quánto me he castigado á mí misma en »el hecho de lograr tan horroroso desig»nio! Sí, mi querida Eumenia; padezco »sin cesar la pena del remordimiento, y »la de vivir arrepentida inútilmente. Solo »tu generosidad puede dulcificar este tor»mento, olvidando para siempre quan cul»pable me hice á tus ojos y los de Alfon»so; y recordando solamente que los tier»nos sentimientos que ocupan hoy mi cora-

»zon, me hacen tu verdadera hermana."

Abrió Eumenia sin tardanza la otra carta; y fué tanto su placer, como su sorpresa, al ver que era de su esposo, y dirigida á su hermana en estos términos:

„La confesion que haceis de vuestro »criminal proceder con la inocente Eume- »nia y conmigo, nada me descubre que no »supiera: y así ninguna diligencia he he- »cho hasta aquí para descubrir la odiosa »trama que nos separó por siempre. Digo »por siempre, porque aunque yo ame á »Eumenia, y sepa donde se halla, me co- »nozco tan poco acreedor á su indulto, »despues de lo que la hice padecer, que no »me atrevo á presentarme á ella, y mucho »ménos al venerable mortal, en cuyo se- »no descansan sus desgracias. Me rogais »que perdone vuestro crímen, y los crue- »les perjuicios que nos causásteis: yo lo »hago con tanto mas gusto, quanto refle- »xîono que mis desgracias, mas que de »vuestra maldad, son hijas de mi mal pro- »ceder con el mejor de los padres. Sí, her- »mana mia, las ofensas que le hice, exci-

» táron contra mí la cólera del cielo. Por
» ninguna razon soy digno de poseer á Eu-
» menia: la hermosura y la virtud no per-
» tenecen á un monstruo como yo; y si
» perteneciéron un dia, fué porque mas sin-
» tiera luego el perderlas. ¡Oh! logre al
» ménos expiar mis horrendas culpas con
» mi amargo arrepentimiento, y con la
» austera penitencia que resuelvo hacer el
» resto de mi vida en un ignorado retiro.
» No creo que puedo imponerme mas rigo-
» rosa pena que el privarme para siempre
» de la dulce compañía de un tierno padre
» y una amable esposa." No pudo Eume-
nia acabar de leer esta segunda carta sin borrarla con sus lágrimas. Corrió á mos-trársela á su padre, que penetrado como ella de una nueva tan venturosa como in-esperada, lloraba de alegría, y bendecia al cielo porque habia hecho conocer á su hi-jo la intriga detestable que le separaba de su fiel y tierna Eumenia. Dióla prisa Ame-lo á que contestase á su hermana, dicién-dola: „El perdon de las mayores injurias
» es el mas digno triunfo de la virtud: ol-

»vida tú, hija mia, sus yerros, persuadida »á que el pecador arrepentido sufrió har- »ta pena en la vergüenza misma de su »culpa, y aun la sufre mayor en sus mis- »mos remordimientos sino se reconoce; »pues ve dia y noche sobre su cabeza la »espada de Damocles." No necesitaba la sensible jóven estas persuasiones para perdonar qualquier agravio: la bondad de su corazon, fortalecida con su talento y desgracias, la hacia tan indulgente para todos, como rígida para sí: por lo que respondió á su hermana en estos términos: „Olvidémonos de todo lo pasado, y so- »lo pensemos en el desgraciado Alfonso. »Procuremos descubrir su retiro, y que »sepa que la vida de su padre y de su es- »posa dependen solo de que él vuelva á »estrecharse á nuestros brazos."

Muchas diligencias se hiciéron para descubrir el paradero del fugitivo Alfonso. Todos creian que despues de su carta se habria retirado á algun Monasterio; y en esta firme creencia no hubo uno que no corriese en su busca. Invirtiéron en estas pes-

quisas largo tiempo, sin que su resultado fuese de los mas agradables. Todas las señas les persuadian á que habia vuelto á su pais; pero ni le habian visto, ni daban noticia de él en Convento alguno.

La situacion de Eumenia era la mas cruel por esta causa. El tormento de su incertidumbre, la impaciencia de su deseo, la dilacion de su ventura, produxéron al fin aquel fatal abatimiento, que destruye nuestra esperanza y nos hace insoportable la vida. Temiendo Amelo el quebranto de su salud no la abandonaba un instante; dormia en un aposento inmediato al suyo, y al menor rumor que sentia dexaba el sensible viejo su lecho, y pasaba enteras las noches á la cabecera del de Eumenia. En vano le manifestaba esta la pena que tenia de verle tan cuidadoso de su salud, y tan descuidado de la suya. Hallábase dormido una noche este tierno padre al pie de su cama, quando le despertáron de repente las voces que daba Eumenia, incorporándose sobresaltada. ¡Ay padre mio, le dixo, quan apreciable me es vuestra

compañía este momento! Oid el espantoso sueño que acabo de tener. Viajábamos juntos; y despues de haber caminado largo tiempo nos hallamos detenidos por un rio caudaloso: meditábamos el modo de pasarle, quando apareció su corriente mansa, y descubrimos una barquilla á la orilla. Entrámos en ella, y levantándose un viento fresco, nos llevó rio abaxo con una velocidad increible, llegando al pie de una roca de la que parecia nacer toda su corriente. Abordó allí la navecilla; tomamos tierra; y, aunque con harto trabájo, trepamos á la roca. Estábamos cerca de caer desfallecidos, quando vimos salir de su cavidad un venerable anciano, que se acercó á nosotros, ofreciéndonos hospedage. Nosotros le seguimos con tanta repugnancia, que no pudo ménos de conocerla: mas él procuró asegurarnos, diciendo: „Nada „temais, pues solo hallareis en este sitio un „ente tan desgraciado como vosotros."

Estas palabras causáron en mí un cierto espanto mezclado de alegría. Entrámos al fin en la cavidad, y de improviso me cu-

bre toda un terror pánico al descubrir un hombre pálido y flaco, vestido de una larga túnica de paño tosco. Llena de miedo me agarraba de vos con todo esfuerzo, y os instaba á que partiéramos, quando este hombre espantoso se levanta, y arrojándose á mis pies, exclama: ¡Desgraciada, he aquí tu esposo! No te hará desconocer este trage al desgraciado Alfonso... ¡Ay padre! aun me parece estar oyendo aquella voz terrible, y todo el cuerpo me tiembla todavía.

Este sueño traxo á la memoria de Amelo el que tuvo ántes de morir el piadoso Salmon. Comunicóselo á Eumenia, y les pareció muy digna de atencion la semejanza de estos sueños. Conferenciáron el resto de la noche, y conviniéron en que esta especie de vision significaba que Alfonso vivia retirado en alguna ermita. En fin, este extraño sueño fué un bálsamo precioso para el abatido corazon de Eumenia: él fortaleció su esperanza y la de Amelo. Este tomó la resolucion al siguiente dia de recorrer todas las ermi-

tas vecinas, comisionando á un hombre de su confianza que visitase las que habia mas lejanas. Comunicó despues este designio á Eumenia, que le aprobó inmediatamente, resolviendo seguirle á pesar de la poca salud que la acompañaba. Con efecto, llenos de confianza en la Providencia, se pusiéron en camino con solo un criado, deteniéndose en qualquier parage en que hallaban alguna ermita. Iban costeando nuestros viajantes las riberas del Mosa, donde solia haber algunas entre la multitud de peñas situadas en ámbas márgenes. Aunque ninguna nueva halláron de Alfonso, daban por bien empleadas sus fatigas, por la satisfaccion de ver en aquellos piadosos solitarios tantos modelos de virtud, como exemplos de las mayores desgracias. Se apartaban con disgusto de aquellos lugares aislados y tranquilos, donde el espíritu, apartado enteramente del mundo, y libre de sus amargas vicisitudes, descansa en sí mismo, se alimenta en la sabiduría, y se eleva dulcemente al conocimiento de las verdades.



El hermitaño Pablo lee á Amelo y á Cumenia la vida de Thibot.

Un dia que se sentáron á descansar en un banco de piedra junto á una de aquellas ermitas formada en el cóncavo profundo de una peña, descubriendo Eumenia en la hendidura de otra dos calaveras juntas, no pudo ménos de preguntar qué significaban, ó con qué motivo se conservaban en aquel sitio. „Esas son las cabezas de »dos antecesores mios, la respondió el »hermano Pablo: ha mas de un siglo que »se hallan ahí, y uno de ellos era muger." Amelo y Eumenia le manifestáron los mas vivos deseos de saber algunas particularidades de su vida; y el atento ermitaño, por complacerles, abrió un armario viejo, sacó de él un manuscrito, que contenia la historia de aquella penitente, y sentado junto á ellos, comenzó á leer lo siguiente.

»Un Presidente del Parlamento de »D.... se casó, ya en una edad avanzada, »con una jóven, cuyo atolondrado carác»ter se acomodaba muy poco con la gra»vedad del marido. Al año de su union »dió á luz un gracioso niño, el qual pa-

»rece que debia consolidar tan despropor-
»cionado enlace; pero al contrario, cre-
»ció por momentos la aversion á su ma-
»rido, y sin el menor respeto á su honor,
»y los deberes de su estado, contraxo la
»amistad mas escandalosa con un jóven
»Consejero del mismo Parlamento. La
»ciega pasion que concibió á su amante
»acrecentaba por instantes el odio que
»profesaba á su esposo, llegando hasta el
»exceso de desear su muerte, y aun es-
»perarla con ansia para casarse de segun-
»das nupcias con el jóven Consejero. Al
»fin, este impetuoso amor queria ser sa-
»tisfecho; y viendo que se prolongaba, á
»su pesar, la vida del Presidente, para
»cumplir sus deseos concibió el horroroso
»designio de asesinarle, como lo executó
»sin dilacion alguna ayudada de su ca-
»marera. Para encubrir mejor el hecho
»atroz, partió su cuerpo en pedazos, y
»le guardó en un pequeño tonel de ma-
»dera.

»Á pocos dias tuvo aquella criminal
»muger la audacia de asistir á un bayle

»en que se hallaba su amante, y á quien »no habia visto despues de este suceso; y »baylando con él, hubo algunos que la »oyéron decir *ya se hizo.* Estas tres pala»bras engendráron mil sospechas contra »ella, mayormente notando que no la »acompañaba el viejo Presidente, ni le »veian en parte alguna. Propagóse la espe»cie, y se acrecentaba mas y mas el reze»lo, cundiendo tanto la voz, que llegó sin »dificultad á oidos de la camarera. Corrió á »decirlo á su Señora; y esta, por ponerse á »cubierto de toda persecucion, se apresu»ró á marchar á una de sus haciendas, de»xando órden para que siguiese á su co»che un carro cargado de víveres, y en»tre ellos el tonel donde se ocultaba su »crímen. No hubo la menor oposicion á »que saliera su coche por las puertas de »la ciudad; pero detuviéron el carro, que »venia á poca distancia. Corrió á noti»ciarlo á la Presidenta uno de los carre»teros, la qual se sorprehendió de mane»ra, que léjos de retroceder, como el car»retero queria, procuró avivar su mar-

»cha, y ganar quanto ántes su castillo, »temerosa y consternada. Apénas llegó á »él tomó un vestido de aldeano, y di»ciendo á sus criados que volvia inme»diatamente, se encaminó en este trage, »y no con poca precipitacion, á las fron»teras de Italia.

»Despues de una larga y penosa mar»cha llegó á Roma; se arrojó á los pies »del Pontífice; le descubrió quien era; »confesó su horrorosa culpa; le manifes»tó los remordimientos que la atormen»taban, y el deseo que tenia de hacer la »mas austera penitencia. Compadecido su »Santidad del verdadero arrepentimiento »que mostraba, la mandó que vistiera to»da su vida el tosco trage que tomó para »ocultar su sexô: que se alimentase con »agua y pan solamente; y que buscase un »solitario rincon donde acabar sus dias, »entregada á la austeridad y penitencia.

»Esta desventurada muger corrió lar»go tiempo errante sin hallar lo que bus»caba; hasta que el cielo la deparó este »asilo, que pertenece á una Encomienda

»del Órden de Malta, conocido por la »ermita de Tanton. Se dirigió al instan- »te al Comendador para que la otorgase »la racion de pan y agua, confesándole »su culpa, y la penitencia que su Santi- »dad la habia impuesto. Accedió sin difi- »cultad á su justa súplica, y vistió el sa- »co de ermitaño con el nombre del her- »mano Thibot. El Comendador, que co- »nocia su nacimiento ilustre, la guardaba »quantas atenciones merece la desgracia. »La sentaba á su mesa con freqüencia, ce- »diéndola siempre el mejor lugar; pero ja- »mas quiso otro alimento que pan duro, »ni otra bebida que agua. Penetrados de »su vida austera, la reverenciaban todas »las gentes honradas; pero otros rústicos »insolentes la insultaban y mofaban de »que tenia voz de muger, y ninguna se- »ñal de barba. Sufria sin quejarse estas in- »jurias, persuadida á que ningun padecer »bastaba á expiar sus yerros: en una pa- »labra, era tan vil á sus ojos, que aun se »creia indi[illegible] recogerse en su ermi- »ta, y p[illegible]s y noches á la incle-

» mencia de las estaciones en una de las
» cavidades de la roca. Tanta especie de
» mortificaciones habian convertido su cuer-
» po en un perfecto esqueleto: estaba casi
» si ciega, y no podia manejarse sin gran
» trabajo.

» Llevaba ya diez y ocho años de es-
» ta horrible penitencia, quando la Provi-
» dencia la dió á conocer su desgraciado
» hijo. Este triste jóven, que jamas habia
» podido rastrear el paradero de su ma-
» dre, fué recibido en la Órden de Malta;
» con cuyo motivo formó la mas estrecha
» amistad con uno de sus compañeros, so-
» brino del Comendador que habia favo-
» recido tanto á su madre. Propúsole este
» amigo que le acompañase á visitar á su
» tio, como lo hiciéron inmediatamente,
» dirigiéndose al lugar de su Encomienda.
» Salió á una cacería con su amigo y otras
» gentes, y habiéndose apartado de todos,
» se internó de modo en el bosque de Tan-
» ton, que le sobrevino la noche, sin en-
» contrar quien le sacase del camino. Apo-
» deróse de él la mayor consternacion,

»por estar aquel parage poblado de fieras:
»y desesperanzado ya de poder salir de
»él hasta que amaneciese, se subió á un
»árbol, resuelto á pasar en él la noche,
»si no descubria desde allí mejor asilo.
»Por ventura vió á poco rato esta ermi-
»ta, y se encaminó á ella presuroso. Ha-
»llábase á la sazon el hermano Thibot ar-
»rodillado en la capilla, y cosido al sue-
»lo el rostro, por cuya razon no quiso
»nuestro jóven interrumpirle. Acabó su
»fervorosa oracion, y entónces le rogó
»que le permitiese pasar la noche en aquel
»retiro. Preguntóle el ermitaño ¿quién
»era, y por qué accidente se hallaba á ta-
»les horas en aquel parage? y satisfecha
»su curiosidad por el nuevo huésped, le
»hizo entrar en su ermita, y le ofreció su
»racion de agua y pan, la qual recibió sin
»esperar que le instase. Brindóle despues
»con su pobre lecho; pero no le aceptó,
»por no privarle de tan pequeña comodi-
»dad. Entónces nuestro ermitaño le ense-
»ñó el redu[illegible]posento donde dormia;
»y el in[illegible]no cesó de preguntarle

»acerca de aquella vida miserable. Hace »ya diez y ocho años que la observo, le »respondió, y aguardo que el Señor me »conserve en ella el resto de mi vida. Á »vos os parece demasiado austera, y en »realidad es muy suave para expiar la gra»vedad de mis culpas. Tambien he vivido »un tiempo en la opulencia; pero, Señor, »mis desventuras..... Su voz penetraba el »corazon del jóven; y sin poder contener »sus lágrimas: ¡Ay hermano mio! le di»xo, que cada mortal tiene en este mun»do sus penas. No sé quales sean vuestros »infortunios; pero en solos veinte años »que cuento, creed que no son pocos los »mios. Mi corazon está continuamente des»pedazado por un dolor que acabará con »mi vida. Mil veces he solicitado la muer»te peleando con los infelices corsarios »que infestan esos mares de levante; pero »tarde la encuentra el infeliz que la bus»ca. Renovó su llanto al proferir estas »palabras; pero conociendo la necesidad »de explayar su corazon en el seno de »aquel virtuoso varon, [illegible] diciendo:

»No ós admire, hermano, ver correr
»de mis ojos estas lágrimas: único resto
»de una familia ilustre me hallaba aun en
»la cuna, quando me priváron de un tier-
»no padre por medio de un horroroso
»crímen, cuya memoria eriza mis cabe-
»llos todavía. Para colmo de mi desgra-
»cia, mi misma madre fué acusada de un
»hecho que estremece á la naturaleza; y
»su fuga autorizó demasiado la acusacion
»para creerla inocente; pero á pesar de
»todo, yo tomé á mi cargo la defensa, y
»jamas podré aborrecer á aquella á quien
»debí la vida. No habia pronunciado es-
»tas últimas palabras, entre mil sollozos,
»quando el hermano Thibot cae á sus pies
»sin seña alguna de vida. Corre el jóven
»á socorrerle hasta que logra hacerle abrir
»los ojos. ¡Oh hijo mio! exclama entón-
»ces el ermitaño, cubriendo el rostro con
»sus manos: sí, tú eres mi hijo: no pue-
»do ya dudarlo despues de haber oido tu
»historia. El Presidente de..... fué tu pa-
»dre, y yo tu horrenda madre. Yo, hi-
»jo mio, manché mis criminales manos en

»su sangre. Reconóceme cubierta de estos »groseros vestidos, y si no te causa hor»ror mi presencia, consuela un instante »un corazon sumergido tantos años en pe»nas y amarguras; y permite que te estre»che sin cesar á mi amoroso seno. Abre »los brazos á tu madre, y dexa que ba»ñen tus mexillas estas lágrimas de ternu»ra y arrepentimiento."

Amelo, Eumenia y el ermitaño no podian contener las suyas al oir tan dulce y amargo reconocimiento: el hermano Pablo, despues de haber enxugado sus ojos, continuó así la triste historia.

„El asombro de aquel jóven fué igual »al placer de hallar á su tierna madre: »no podia mirarla como culpada, viéndo»la tan desgraciada y amorosa. Desapa»reció de su corazon y aun de su memo»ria la idea de su crímen, y contento con »poseer á la que habia llorado tanto tiem»po, resolvió no separarse de ella lo que »le restase de vida. Efectivamente este »buen hijo la acompañó fielmente, toman»do el hábito de ermitaño con aproba-

»cion y complacencia de sus gefes, con-
»solando á su buena madre, que estaba
»imposibilitada de buscar por sí los me-
»dios de su subsistencia. Así viviéron qua-
»tro años, hasta que muerta su madre,
»renunciando para siempre este virtuoso
»jóven las vanidades del mundo, pasó el
»resto de sus dias, entregado como ella,
»á la austeridad y retiro; y empleó mu-
»cha parte de sus bienes en varios esta-
»blecimientos consagrados á la religion y
»humanidad." Habiendo concluido su his-
toria el hermano Pablo, les enseñó el pa-
rage donde la desgraciada Presidenta ter-
minó su miserable carrera. Y ni Eumenia
ni su padre acababan de comprehender
cómo habia podido vivir tan largo tiem-
po en una rotura tan incómoda y pro-
funda.

Estaban preparándose á partir nues-
tros viageros, despues de dexar indubita-
bles muestras de su liberalidad, quando
viéron llegar á una amable dama acompa-
ñada de cinco ó seis graciosas niñas. Her-
mano Pablo, dixo ella, yo ofrecí traer

aquí mis niñas si cumplian exâctamente sus deberes. Os ruego que las deis vuestra bendicion, y las permitais que vean vuestra ermita. Complacióla el buen ermitaño, y miéntras se divertian las niñas, tomó asiento aquella dama junto á Eumenia, despues de saludarles cortesmente. Su presencia y conversacion anunciaban desde luego el candor de su alma y la pureza de sus costumbres: y ganó de modo en un instante la confianza de Eumenia, que no pudo ménos de confiarla el objeto de sus viages. No halló á la verdad razon para arrepentirse de ello, pues encontró en sus sabias reflexîones nuevo consuelo á sus penas. „ Yo he notado hartas veces, »dixo á Eumenia; que los contratiempos »que sufrimos, sin haberlos merecido, »vienen á convertirse en halagüeños bie»nes tarde ó temprano. Tal vez parece»rá á muchos falsa esta idea; pero á mí »me la hace tener por verdadera la expe»riencia misma. Todos aquellos que pa»ran la consideracion en los contratiem»pos que sufren, y buscan sin preocupa-

»cion el orígen de ellos, hallarán fácil-
»mente la verdad de esta observacion.
»Aplicando pues este principio á vuestra
»historia, creo firmemente que el cielo
»mismo ha ido conduciendo á un fin di-
»choso todos los acaecimientos. La ausen-
»cia de Alfonso será por cierto tiempo:
»durante vuestra separacion expiará sus
»yerros, y su virtud vendrá á purificarse
»en las desgracias mismas. Los sucesos to-
»dos estan encadenados, de suerte que
»raras veces se halla el bien sin el mal, ni
»el mal sin el bien. Si Alfonso no hubiera
»abandonado la casa de su padre, no lle-
»gara probablemente á ser esposo vues-
»tro, ni vos formárais hoy el consuelo de
»su padre, á no dexaros el hijo abando-
»nada. Compadezcamos á aquellos que
»miran los acaecimientos del mundo co-
»mo forzoso resultado de una ciega pro-
»videncia, á que dan nombre de azar:
»error que no tendrá partido entre los
»que hicieren mejor uso de su recta ra-
»zon. Yo, por mí, os aseguro que me
»seria indiferente el mayor bien, si cre-

»yera deberle á un simple azar, y no á »la eterna Providencia: porque mi cora- »zon se eleva á ella gustosamente quan- »do me sucede alguna cosa agradable; y »en fin, yo veo distintamente esta sa- »bia Providencia en quantos objetos se »presentan á mis ojos."

No se hubieran cansado de escucharla Amelo y Eumenia, si la noche, que iba tendiendo ya su obscuro manto, no les avisase que era tiempo de proseguir su viage. Levantáronse para despedirse de ella; pero les instó de modo á pasar algunas horas en su casa, que no les pareció decente el rehusar su fineza. Llamó sus niñas, y sin otra detencion partiéron todos juntos. Preguntóla Eumenia en el camino, ¿si era madre de todas ellas? „Soy su maestra, »respondió la dama. Una continuacion de »infortunios me ha conducido á un esta- »do, para el qual no nací probablemente. »Sin embargo, léjos de tenerle por one- »roso, agradezco al cielo que me haya da- »do el necesario talento y robustez para »desempeñarle. Ser útil á la sociedad es

»el primer deber del hombre. Yo me he »dedicado á la instruccion de la juventud, »y me es harto lisonjera la idea de que »estas amables niñas serán, por mis des- »velos, algun dia unas sabias madres ó »virtuosas esposas. Conozco que toda en- »señanza es dura y penosa; pero es indis- »pensable comprar la satisfaccion á pre- »cio de alguna molestia." Al acabar estas razones se halláron á la puerta de la casa, y sin la menor tardanza fué preparada la cena. Amelo y Eumenia exîgiéron absolutamente que no se alterase la costumbre por respeto de ellos; por lo qual cenáron con las tiernas pensionistas, y pasáron algunas horas en su amable compañía. Á la mañana siguiente les enseñó la maestra su cómodo alojamiento, cuyo principal adorno consistia en la simetría, la regularidad y el aseo. La sala de enseñanza era el verdadero teatro de las cosas mas útiles y necesarias, las quales expresaba cada niña con claridad y precision. Tenia por sólido principio no imbuirlas otras ideas que las escogidas, haciendo consistir su instruc-

cion en formar un sano corazon y un entendimiento recto. Estos dos eran los únicos puntos sobre que habia fundado los principios de su educacion. Sin embargo, por desplegar su memoria y cultivarla, las hacia decorar varios retazos de los mejores poetas, procurando que conociesen su verdadero mérito; y para darlas una palpable idea de la religion, perseguida en todos tiempos, la habia hecho pintar en un quadro personificada, de modo que pudieran sus pupilas tenerla siempre á la vista. Representaba el lienzo un áspero desierto, en el qual se veia arrodillada una jóven vestida de blanco, cuyos llorosos ojos, fixos en el cielo, parece que le invocaban por la felicidad de los mortales. Á sus pies se descubria un libro abierto, en el qual se leian estas palabras: *Ella ruega en su corazon por el ingrato que la ultraja.*

Alzó su vista la maestra al quadro, y con una voz inflamada de su noble sentimiento, dixo á la admirada Eumenia: „Ved ahí el mas seguro apoyo, el con-

„suelo mas sabroso del desgraciado. Con „tan divino auxîlio contrasta animosamen„te todas las adversidades de esta vida. „¡Ay Señora! exclamó Eumenia, con„templando aun embelesada la misteriosa „pintura, que si no temiera incurrir en „una torpe blasfemia, creeria que el ob„jeto de este geroglífico tenia una relacion „directa con mi situacion. Del mismo „modo ruego yo en mi soledad por el „ingrato que me ultrajó y me abandona. „No serán inútiles vuestros votos, res„pondió la maestra. Vos sereis reunida á „vuestro esposo mas ántes que pensais, Eu„menia." Estas reiteradas sesiones animáron considerablemente su tibia esperanza; y quando llegó á despedirse de ella, la favoreció con el dulce título de amiga, asegurándola que pasaria á acabar en su compañía agradable sus postreros dias, quando la edad la imposibilitara de continuar su enseñanza.



LIBRO QUARTO.

Imágenes de la inmortalidad, las ilusiones del sueño nos llevan dulcemente á conocer y comunicar con aquellas personas que no exîsten. Ellas alimentan nuestra esperanza, y nos hacen gozar unos placeres fantásticos, que halagan cómo reales. Ellas resucitan para nosotros á la muger que amamos, al bienhechor, al padre, al hermano y al amigo; y aunque separados de nosotros por la muerte, los vemos y les hablamos por medio de estas mágicas fantasías.

Amelo y Eumenia disfrutaban continuamente de estas engañosas delicias, y les daban por lo comun harta materia para conversar y discurrir cada mañana durante el desayuno. Bien conocian uno y otro la ninguna fe que debian dar á estas aparentes visiones; mas no por eso dexaba de acudir bien á menudo á su memoria el repetido sueño que la representó á su esposo en trage de ermitaño; y aun algunas veces tomaba á sus ojos los colores de realidad, y halagaba su deseo. Cada dia confiaban mas hallar á su querido Alfonso; y engañados de esta felicidad, era para ellos aquel viage, mas que molestia, un agradable paseo. Recreábanse en contemplar el bello desórden que ofrecia la naturaleza en la prodigiosa confusion de rocas, bosques y ruinas que coronaban las orillas del caudaloso Mosa; y aun alguna vez se entretenia Eumenia en diseñarlas. Hallábase un dia en esta agradable ocupacion, quando la pareció ver en lo profundo de un valle una humilde choza aislada, de la qual no acertaba á separar la vista. Agitada de un

extraño impulso la induxo á creer su exâltada imaginacion que era sin duda la mansion de Alfonso. Corre á comunicarlo á su padre, que léjos de disuadirla con reflexîones inútiles, contribuyó á sostener su lisonjera esperanza. Dirigiéronse inmediatamente á la pobre choza, adonde llegáron á la caida de la tarde. Viendo la puerta abierta entráron, recorriéron la cabaña, y solo halláron en ella un banco viejo de madera, unas tablas podridas, y una triste cama de paja. No tardó Eumenia en conocer la inquietud de Amelo en su semblante, ni este en descubrirla sus temores. Lo solitario del sitio ni la obscuridad de la noche llegaban á alarmarle, sino el temer que fuese aquella choza alguna guarida de ladrones. Aunque esta sola idea bastaba para atormentarles, la hizo aun mas amarga una tempestuosa lluvia que sobrevino de repente. Amelo y Eumenia se refugiáron á un rincon de la cabaña, guardando un triste silencio, interrumpido por las exclamaciones del criado cada vez que entraba un relámpago en la tenebrosa estan-

cia. Habia atrancado Amelo la puerta lo mejor que pudo por no tener llave ni cerrojo; pero á lo mejor sintió abrirla con estrépito, consternando á nuestros tímidos viageros las voces de los que entráron en la choza. Sin embargo, cuidaban de guardar el mas profundo silencio con la esperanza de no ser descubiertos por aquellos salteadores, cuya conversacion los declaró por tales; y en su interior imploraban el favor del cielo, conformándose con su voluntad enteramente. Sacó yescas uno de ellos, y encendió una luz, á la qual distinguió Amelo solos tres hombres. Cobró algun ánimo con esto, salió del rincon donde se ocultaba, y se presentó á ellos resueltamente. „Vuestras razones, les di»xo, me han declarado ya vuestra profe»sion. Hace poco que la casualidad me »traxo aquí con mi hija y un criado; y »aunque no es mi ánimo negaros los po»cos bienes que poseemos, defenderémos »nuestras vidas hasta el extremo si inten»tareis ofendernos." Los bandidos se miráron y sonriéron con un ayre bárbaro,

hasta que dirigiéndose uno de ellos al generoso anciano, aceptamos tu propuesta, dixo, con tal que la ratifique nuestro gefe, á quien voy á dar parte en el momento. Sacáron nuestros viageros el dinero, relóxes y joyas que llevaban, y lo que mas sintió Eumenia, el retrato suyo y el de su esposo que llevaba al cuello pendientes de una cadena de oro. Este amargo sacrificio arrancó algunas lágrimas de sus ojos; pero no lográron ablandar á aquellos tigres. Entre tanto, viendo que amanecia y no volvia aun el que partió á avisar al capitan, resolviéron ir ellos en persona á recibir sus órdenes. Saliéron con efecto de la choza, siguiéndoles nuestros desnudos viageros por caminos intransitables. La triste Eumenia no podia ya resistir el cansancio y la amargura: sus pies magullados, y sus piernas despedazadas por los abrojos, apénas podian sostenerla. Llenaba el ayre de quejas y sollozos; fixaba en su traspasado padre los moribundos ojos, y se veia próxîma á rendirse á tantos males, quando de improviso sale de una caverna un hombre

de espantosa figura con una gruesa maza, y acomete animosamente á los ladrones. Hiende la cabeza al primero que le hace frente: vuela en alcance del otro, que huye aterrado de su furia; le alcanza al fin, y le hace caer muerto á sus pies de un fiero golpe. Vuelve sin detenerse á recoger los efectos que el malvado habia arrojado huyendo, y halla entre ellos el medallon con los retratos de Alfonso y Eumenia. Mírales con cuidado, sin acabar de dar crédito á sus ojos: quiere dudar lo que está viendo; pero tiene al fin que reconocer en ellos sus facciones y las de su esposa. En fin, el deseado Alfonso es el mismo que acaba de salvar lo que mas amaba en el mundo. Impaciente por saber que acaso habia traido á poder de aquellos malvados una joya tan preciosa, vuelve á tomar el camino de la caverna; pero ya no descubre persona alguna de las que habia librado. Amelo y Eumenia, persuadidos por su figura y su traza á que su libertador era otro asesino, aprovechándose del tiempo que tardó en matar al uno y perseguir al

otro, cuidáron de ponerse en salvo, alejándose en un instante con el miedo de aquel sitio; pero al fin el cansancio les obligó á detenerse, á pesar del rezelo de caer segunda vez en sus manos. Descúbreles Alfonso al pie de un árbol quasi sin aliento, y apresura el paso por llegar á socorrerles. Ellos ven correr hácia sí al hombre de la maza, y su mismo miedo les vuelve del desmayo. Eumenia se precipita en los brazos de su padre dando un espantoso grito; y el agitado Alfonso, por disipar su temor, se detiene, arroja la maza, y desde léios les dice que se aquieten y no teman. Corre inmediatamente á un cercano arroyo por agua: vuelve á ellos; y quando va á socorrer á Eumenia cae mortal á sus pies, reconociendo á su padre y á su esposa. El criado le levanta con gran trabajo, y le sostiene en sus brazos: Amelo le rocía la cara y pecho con el agua, miéntras Eumenia, ya recobrada, le exâmina atentamente, algo apartada, por encubrir su desnudez. Abre al fin sus ojos Alfonso, y volviéndolos á todas partes, ¿adónde está (dice



Postrado Alfonso á los pies de su Padre y Esposa les pide le perdonen.

con inquietud), adónde está mi Eumenia? ¡Oh dulce padre! ¿Acertareis acaso á perdonar mis ofensas? Tened piedad de mí: sí, á vuestros pies la imploro arrepentido. ¡Jóven desventurado! exclama el pasmado viejo, estrechándole á su seno, y bañándole con sus lágrimas, ¿qué dices, eres tú á quien encuentro en tan horroroso estado? ¿Abandonaste á tu padre y á tu esposa para vivir entre ladrones? En este corto tiempo corre el criado á buscar á Eumenia, y pasa la infeliz en un instante desde el abismo de la desesperacion al colmo del placer y la ventura. No la amedrenta ni detiene el feo aspecto del esposo: corre precipitada á sus brazos: buscan sus labios los de su tierno Alfonso: sus ojos rompen en deliciosas lágrimas, y goza la suprema felicidad en el momento mismo en que esperó su postrer desgracia.

¡Oh celestial Providencia! exclama el gozoso anciano penetrado de su mismo agradecimiento: ¡así conduces el hombre hácia su dicha por sendas ignoradas, su-

perando escollos y peligros! ¡Ay hijo mio! quiera tu fortuna que sepas conocer y conservar la de poseer á Eumenia. Igual á su virtud es el amor que te tiene, y á este cordial amor debes la vida de tu padre. Y yo á vos la mia, dixo Eumenia; pues á no consolarme vuestra ternura, y la esperanza de hallar á mi amado Alfonso, dias hace que estaria Eumenia en el sepulcro. ¡Almas sensibles y generosas, exclamó el enternecido jóven! ¡Padre virtuoso! ¡Muger amable! ¿Será creible olvideis mis yerros, y perdoneis mi extravío? Tú nos conservaste hoy la vida, respondió Amelo; y esta fineza recompensa quantas penas sufrimos por tu causa. Olvidémonos de lo pasado, y aspiremos á constituir de nuevo nuestra felicidad. Entónces aquel buen padre, imitando al piadoso Tobías quando recobró la vista, hincado de rodillas, tributa las gracias á la Providencia porque se dignó librarles de tan grave riesgo por la misma mano de su hijo. Siguiéron todos su cristiano exemplo, haciéndoles este acto de piedad mas re-

comendable el extraño medio con que el cielo les habia reunido. Sacóles inmediatamente del bosque el gozoso Alfonso, armándose otra vez de su terrible clava por si volvian á encontrar con otros salteadores; y este mismo rezelo le quitó el mostrarles la horrorosa cueva en que habia pasado tantos y tan amargos dias. Llegáron en breve á la casa donde solia Alfonso proveerse de lo necesario á su subsistencia, y en ella descansáron, y tomáron fuerzas nuestros fatigados viageros. Amelo despachó desde allí el criado á noticiar á Termonio el feliz resultado de su viage; y al siguiente dia se encaminaron á la casa de educacion, donde fuéron recibidos con el mayor afecto. Se verificó, al fin, vuestro pronóstico, dixo Eumenia á la maestra, refiriéndola por menor la aventura de la choza, y los prodigios de la maza. Bien veis, replicó ella despues de oir todo el suceso, que ni aun en medio de las mayores desgracias debemos entregarnos á una ciega desesperacion. Y lo que acaba de pasar por vos puede servir

de leccion á aquellos entes que desconfian absolutamente de la Providencia. El orgullo y la incredulidad de algunos hombres pretenden en vano amortiguar esta fe consoladora; pero la prosperidad que les ofusca dura apénas un momento. Sucédela el infortunio, y entónces invocan á su pesar aquella divinidad tutelar, aquella piadosa Providencia que desconocian poco ántes. El marido que ve en peligro á la muger que ama; el padre que mira en los umbrales de la muerte al hijo único, olvidan en tan críticos momentos su desconfianza; y traidos por la naturaleza al seno de la verdad, ruegan á Dios lo que no pueden obtener de los hombres. Solo entónces conocen que la criatura, destituida de aquellos principios de religion que unen, digámoslo así, la tierra con el cielo, vienen á ser como la nave que surca á la ventura en un tempestuoso mar; y por despreciar el puerto, que le ofrece seguro asilo en la tormenta, viene á naufragar sin remedio en las irritadas olas. Despues de estas sabias reflexiones, yo quisie-

ra, añadió, que me dixerais cómo pudo Alfonso resolverse á vivir como un salvage en una horrible caverna. Suponiendo, respondió él, que Eumenia os habrá contado quanto sucedió á los dos hasta la época fatal de nuestra separacion, voy á instruiros de lo que hice desde entónces. Engañado por los artificios de mi hermana política, salí de Madrid, y corrí todo el dia sin destino, regando sin cesar la tierra con mis amargas lágrimas. Llegó la noche; y apremiado de la debilidad y del cansancio, me dexé caer al pie de un árbol, y tuve la felicidad de dormir tranquilamente algunas horas. Este dulce sueño calmó mi turbulento espíritu, y apagó el furor que excitáron en mi alma los rabiosos zelos. Desperté ya mas tranquilo; y acordándome de lo que sucedió el dia anterior, me encaminé á una casa, que descubrí no léjos del parage donde pasé la noche. Allí me convidáron á comer con mil instancias, y conociendo yo por su agasajo y sencillez que eran unas honradas gentes, les dixe que un asunto de ho-

nor me sacaba de Madrid, y me obligaba á permanecer oculto, miéntras procuraban mis deudos concluirle. Ofreciéronseme muy finos en quanto pudiesen servirme; y me aproveché, en efecto, de su verdadera oferta, escribiendo á Madrid algunas cartas ántes de alejarme para siempre, como tenia resuelto. Fié mi corazon á un amigo, el qual vino inmediatamente á verme, y tomar parte en mi conflicto. Le conté circunstanciadamente quanto habia pasado, y él fué el primero que malició la trama que se urdió para perdernos. Eumenia no puede ser cómplice en el crímen de que la acusan, decia mi amigo: tú te has llevado ligeramente de las apariencias. Tu hermana es falaz y astuta; y envidiosa de la felicidad de Eumenia, quiso destruirla tal vez con este engaño. Creeme; de todo es capaz la envidia auxîliada por la maldad. Ofrecióme que se valdria de quantos medios le parecieran oportunos para descubrir la horrible trama, y me enviaria razon de todo adonde yo le encargué que dirigiese sus cartas:

despues de aquel tiempo recibí una en que me revelaba el arcano. Tomó el partido de visitar repetidas veces á Hamilton, á quien yo creia haber dexado muerto; y quando le vió en estado de poderle hablar francamente, le exâminó con maña, y por sus respuestas conoció que aquella criminal muger habia conspirado á nuestra ruina; pero satisfecho con este indicio, pasó resueltamente á verla, y reconvenirla de su culpa: y aunque no la confesó de plano, la entregó poco despues una carta mia capaz de convertir el corazon mas duro; de modo que aquella conciencia, aletargada tanto tiempo, triunfó por fin de su horrorosa perfidia. Me descubrió en su respuesta sus culpables designios, resucitando nuevamente mi indignacion aquel texido de maldades; pero necesitando las mias de tanta indulgencia, no pude negársela á una muger que la exîgia de mí, confesándome sus yerros.

Este tardo desengaño no produxo en mí el efecto que deseaba mi amigo, pues quanto mas justificada se ofrecia Eumenia

á mis ojos, tanto mas resultaba yo culpado. Traia de continuo á mi memoria su inocencia ultrajada por mi furor injusto; y ella misma decia en lo interior del alma que jamas seria acreedor á su indulto. Mis crueles remordimientos hacian de mi corazon un verdadero infierno; y exêcrable á mis mismos ojos, me era insoportable la sociedad, persuadido á que debian detestarme todos. Desde este triste momento me miré ya como separado de Eumenia para siempre; y la colmada felicidad, que habia disfrutado el corto tiempo de nuestra union, creí que me fué dada para que mas sintiese la desgracia de nuestro eterno divorcio. Parecíame oir continuamente una voz que me decia: „ Cumplióse la »maldicion paternal; prepárate á sufrir, »pues lo mereces, por haber ultrajado al »amor y naturaleza." Semejante al anciano Cain, despues que el Señor grabó en su frente el sello de la reprobacion, me creia un ser degradado é indigno de ser en el número de los hombres. En fin, yo no sé á qué punto me hubiera llevado mi

despecho, á no suspender por un momento la tierna Providencia mis quebrantos, ofreciendo un destello de esperanza á mis sumidos ojos. Hízome saber mi buen amigo que Eumenia era partida á mi pais en la creencia de hallar á su fugitivo Alfonso. Esta inesperada nueva hubiera sido un precioso bálsamo para mi lacerado corazon, á no envenenarle el cruel recuerdo de que quantas mas finezas hacia por mí, tanto era yo mas culpable é indigno de su gracia. Sin embargo concebí la idea de vivir mas cerca de Eumenia, y busqué los medios de saber de ella de quando en quando. Mucho consuelo fué para mí el asegurarme que vivia en la compañía y estimacion de un Padre, á quien me enseñáron á amar y respetar mis repetidas desgracias. El deseo de unirme á los dos me agitaba dia y noche. Continuamente en mi imaginacion os buscaba, os hallaba y os seguia á todas partes: tal vez en un momento resolvia correr á los piés de un padre y una esposa, tan justamente indignados; y en otro me hacian arrepentir mil

crueles reflexîones. Miserable, me decia á mí mismo: ¿te es lícito por ventura aspirar á tanta dicha? Despues de haber ofendido ciegamente á tan amables criaturas ¿tendrás valor para su terneza? ¡Infeliz! renuncia para siempre la idea de infestar con tu presencia el ayre que respiran.... Mi alma era destrozada por esta cruel perplexidad, y buscaba de intento los bosques solitarios para quejarme libremente con toda la energía que pedia mi situacion horrorosa. Pasaba noches y dias en las umbrosas selvas, adquiriendo así tan extraordinarias fuerzas, que ni me aterraban las fieras, ni me resistian los salteadores que infestan esos montes. He tenido el placer de salvar la vida á muchos en el mismo sitio en que libré lo mas amable que habia para mí en el mundo; y esta sola circunstancia me hará apreciar siempre la vida salvage. Pero ¿cómo no he de bendecirla, quando me acuerde que en el horrible desierto que me dió tranquilo albergue tuve la ventura de arrancar á Eumenia y á mi padre del poder de unos

malvados, que iban ya acaso á terminar sus dulces vidas?

La narracion de Alfonso dió materia suficiente á nuevas reflexîones sobre los extraños acaecimientos que tiene en su mano un invisible poder, y que los conduce á su fin por sendas que no alcanza la perspicacia del hombre. Conviniéron al fin que la voluntad de la Providencia era el principio consolador á quien debia atribuirse quanto sucediera: que todas las cosas tenian tal conexîon y enlace, que de las desgracias de unos nacia la felicidad de otros, y que la mayor sabiduría estaba en aprender de lo pasado á gozar con moderacion de lo presente. La misma historia, dixo la maestra, nos ofrece hartos casos, que nos inducen á creer que los buenos viven mas sujetos al capricho y reveses de la suerte: acaso porque la virtud necesita labrarse, sin cesar, como el diamante en manos del lapidario para mostrar todo su brillo. Lo cierto es que nada corrompe mas que la prosperidad; y por consiguiente el hombre virtuoso necesita para con-

servar su virtud probar de tiempo en tiempo el infortunio.

Quando nuestros viageros se disponian á partir: „Acordaos, añadió, abrazando á »la amable Eumenia, que el cielo fixó la »mayor felicidad de la tierra en la pura »union de dos corazones virtuosos. Sí, hi»jos mios, miéntras ameis la virtud, os »amareis vosotros, y vuestra felicidad du»rará lo que durare aquella."

Ratificó la promesa de ir á morir entre ellos quando se hallase incapaz de continuar su ocupacion: dixéronse el postrer á Dios, acompañado de tiernas lágrimas, y les costó no poca pena el separarse.

No tardáron mucho en llegar los viageros á las riberas del Mosa, baxando este rio en una barca, cuyo lento caminar les dexaba el gusto de ir contemplando quanto habia de agradable en ambas márgenes. Admiráron aquella doble cordillera de montes, que mudaban á cada paso de estructura. Tan pronto veian una roca, cuya superficie lisa y de un color ceniciento, figuraba la cabeza de un decrépito: y

tan pronto descubrian los vistosos grupos de rocas perpendiculares é inaccesibles que habia formado la osada mano de la naturaleza. Ya paseaban la vista por unos estériles peñascos, ya mas allá por otros cubiertos de verdura. Divisábanse en otro término hermosas caserías cercadas de jardines, con que la naturaleza, auxîliada del arte, habia embellecido aquellas altas colinas. Divisábanse, en fin, alternativamente mil diferentes objetos, como si se hallasen en un salon adornado de paises. Al extremo de una colina, cubierta de boxes y de espinos, se divisaba una llanura poblada de frutales, y sobre aquella otra enriquecida de sazonados frutos de Baco y de Vertumno. Cada lienzo de estos daba materia á mil agradables reflexîones sobre la inagotable variedad de la naturaleza; pero el tortuoso curso de la barca solo les dexaba gozar superficialmente las bellezas y feracidad que ostentaban las orillas de aquel celebrado rio. No cesaban de admirar los promontorios de ruinas, restos miserables de la preciosa antigüedad, que

aun hoy dan una idea de las soberbias fortalezas construidas en la cima de aquellas altas montañas. La triste vista de estos horrorosos monumentos de asolacion les hizo comparar nuestras costumbres con las de aquellos tiempos bárbaros, y se congratulaban mútuamente de haber nacido en la época de la razon y sana filosofía, baxo cuyo Imperio serian venturosos los hombres, si en vez de someterse á sus desordenadas pasiones cuidaran de cumplir exâctamente sus deberes. Lamentábanse Amelo y sus dos hijos de los males que habian sufrido en todos tiempos aquellos infelices, que fuéron regidos por Príncipes ambiciosos. Mortales enemigos del mayor bien de la tierra desterráron de ella la paz, cubriéndola de horrores: feroces verdugos del linage humano, la inundáron de sangre de sus mismos hijos y vasallos: destructores insaciables, lleváron la asolacion á los mas preciosos monumentos de las bellas artes; y en una palabra, odiosos rivales de su respectiva grandeza, se aniquiláron á sí mismos por usurpar la agena gloria.

Felices, añadió Amelo, aquellos hombres que obedezcan el dulce yugo de un Príncipe, que en el momento de subir al trono les diga: „Mis antecesores reynáron „agoviados de ruinosas guerras, cuyas ca„lamidades aun llorais vosotros. No quie„ro exâminar si estuvo de su parte la jus„ticia, ni si el derecho natural intima la „defensa al que se ve atacado; pues yo „protesto á cielo y tierra que no manchará „una gota de sangre la extension de mis „dominios: que evitaré cuidadosamente la „razon de queja á mis confinantes, valién„dome de todos medios para huir un rom„pimiento; y que en el funesto caso de „no poder evitarle, será mi sangre la pri„mera que se vierta en defensa vuestra, „del Estado, de vuestros bienes y dere„chos."

Así hablaba el prudente Amelo quando se halláron, al declinar el sol, en el escarpado peñon, donde exîstió algun dia el celebrado castillo de Huy. Esperábales ya Termonio á la salida de la barca, con la misma impaciencia y regocijo que si me-

diase una ausencia dilatada: les abrazó tiernamente; y hablando con Alfonso: „Solo vuestra compañía nos faltaba, dixo, „para completar nuestra ventura." Entráron sin detenerse en un coche, que los conduxo aquella misma tarde hasta la quinta de Amelo. Habia prevenida una delicada cena, la qual sazonó con su asistencia la amable esposa de Termonio, despues de dar á Eumenia y á Alfonso las mas sencillas muestras de su amistad y complacencia. Los criados de la quinta presentáron á los dos esposos varios ramilletes, que los pastores de la comarca habian dispuesto y adornado de inscripciones. Acabáron de cenar; y despidiéndose todos hasta el siguiente dia, acompañó el regocijado Amelo á sus hijos hasta la estancia que les habian destinado. Hermoseábanla ricos tapices matizados de hojas de rosas de diferentes colores. Servian de festones á la colgadura del lecho nupcial varias guirnaldas de flores, y otra de rosas componia todo el cielo. „Pues caminasteis tanto tiempo por espinas, les dixo el buen anciano,

„dignos sois ya de reposar sobre flores." Dióles su bendicion; y dexándoles en libertad, se retiró á descansar de sus pasados quebrantos en el delicioso sueño.

Pero no bien empezaba á dorar el sol las fértiles colinas, bañando de su benéfica luz las florecidas praderas, quando despertó á nuestros esposos el alegre estruendo del tamboril y la flauta, con que los rústicos sencillos anunciaban lo festivo de aquel dia. Vistiéronse inmediatamente, corriendo á los tiernos brazos de su padre, en cuyo ruboroso aspecto brillaba aun mas que en el de sus hijos el puro júbilo de su reunion dichosa. Ya guardaban la puerta de la quinta las jóvenes de la aldea, prevenidas de rústicos instrumentos, para felicitar su llegada, y ofrecerles varias guirnaldas de flores y canastillos de frutas. Los mas ancianos decian á la transportada Eumenia, derramando lágrimas de gozo: „¿Veis, Se„ñora, como oyó el cielo nuestros ardien„tes votos? Mil veces os aseguramos que „llegaria un dia claro para vos, y ya le „estais gozando; porque era justo que fue-

»ra venturosa la que hizo á tantos felices." La pura y general alegría de aquellas sinceras gentes se desahogó en festivos juegos, danzas y otros rústicos festejos. Resonaban en los hondos valles y huecas peñas las suaves y acordadas canciones que entonaban las zagalas: y hasta los regocijados viejos, alternando con los mozos en los sencillos coros, cantaban á los esposos....

VOZ.

Pues torna á estos campos
La pura alegría,
Tan clásico dia
Celebre el placer.

CORO.

Cantemos, baylemos,
Y no haya pesar,
Pues logran los amos
Tal felicidad.

VOZ.

Celebren su dicha
Las dulces canciones,
Y mil bendiciones
El cielo les dé.

CORO.

Cantemos, baylemos,
Y no haya pesar,
Pues logran los amos
Tal felicidad.

Así expresaban el candor y la virtud sus tiernos sentimientos. El generoso Amelo coronó el digno júbilo de aquellos aldeanos, haciéndoles distribuir largos premios por mano de sus hijos; y viendo al fin realizada su esperanza y las promesas de su difunto amigo, estableció una fiesta para celebrar anualmente el gozoso dia de la vuelta de su Alfonso. Él mismo la disfrutó muchos años, viendo crecer á sus pequeños nietos, á quienes amó con igual extremo que sus padres. La venturosa Clara colmó tambien el gozo de Termonio, dándole un heredero, que despues casó con una de las hijas de Alfonso. Y para que nada faltara á su satisfaccion, vino á poco tiempo la maestra de niñas á terminar sus pacíficos dias á la quinta del remozado Amelo, que desde entónces fué

el verdadero templo de la amistad, y el santuario de la virtud. Eumenia y Alfonso fortaleciéron su espíritu en los principios de la sana razon y verdadera filosofía; y transmitiéndolos á su posteridad, formáron una de las familias mas sabias y felices, en la qual reynan aun hoy la calma, la union, la sabiduría, y todas quantas virtudes morales pueden hacer agradable la carrera de la vida.